

V. Apoyo social y redes sociales: La institucionalización de la violencia

Resumen

Este capítulo muestra los hallazgos de la investigación respecto del apoyo y la red social y su relación con la vida cotidiana de los actores. Encontramos un grupo de mujeres que no percibe tener ningún tipo de apoyo y que recrea su estar en el mundo de una manera sufriente; también existe otro grupo de mujeres que percibe haber tenido apoyo ya sea para salir de su situación de VD o para sobrellevar la situación de violencia con su pareja. En los varones, un grupo se perciben como parte de una red de apoyo y otro consideró no tenerla.

En los informantes que consideraron no contar con una red de apoyo, hallamos que su apreciación proviene de dos tipos de acontecimientos en su historia de vida: eventos traumáticos vividos y *expectativas* creadas en torno al apoyo social que les gustaría recibir. La conjunción de estos antecedentes —que podríamos denominar como material y emocional— construye en los informantes esa noción de falta de apoyo, abandono y soledad. En los que se consideraron con apoyo, encontramos que percibir a su alrededor mayor presencia de personas significativas se tradujo en un discurso de menor sufrimiento social.

1. EL APOYO SOCIAL EN LA INVESTIGACIÓN EN SALUD

En la actualidad, dentro del campo de estudio de las ciencias sociales, los trabajos sobre el apoyo social y la red social ocupan un área muy vasta e importante. En el campo específico del estudio de la salud-enfermedad, el tema ha sido utilizado para probar múltiples hipótesis de trabajo relacionadas con los “factores de protección” que, según resultados de investigaciones, tienen las personas que se perciben como parte de una red social. Ejemplo de estos trabajos son investigaciones realizadas con muestras de población que padecen enfermedades crónicas, como cáncer, diabetes e hipertensión arterial (Michael y cols., 2002; Hann y cols., 2002; Dressler y Bindon, 2000). Las investigaciones centradas en el área de la salud mental han realizado una gran cantidad de estudios en poblaciones que reportan padecer estrés y otros síntomas asociados a padecimientos de orden emocional, como la depresión y trastornos psiquiátricos mayores (Folkman y Lazarus, 1986; Thoits, 1982; Burke y Greenglass, 1993; Wethington y Kessler, 1986).

El tema del apoyo y de la red social también se ha utilizado para abordar otros problemas sociales, como la mortalidad infantil y la pobreza (Bronfman M., 2000; Lomnitz L., 1987; 1994; Lewis O., 1994). A grandes rasgos todos estos estudios confluyen en la importancia que tiene la red social para apoyar en los sucesos relevantes que ocurren en la trayectoria de vida de los sujetos. Se ha demostrado que percibir que se tienen personas cercanas que apoyan puede representar una diferencia abismal en la resolución de los problemas de la vida diaria, incluidos por supuesto los de salud-enfermedad. Por ejemplo, en los trabajos de pacientes con enfermedades crónicas y terminales, concretamente en el caso del cáncer, se ha encontrado que tener compañía y una red familiar y social bien establecida incrementa significativamente el bienestar emocional de los pacientes por encima de las diferencias de clase social o estatus socioeconómico (Michael y cols., 2002).

En el caso de los trabajos sobre estrés y depresión, los hallazgos muestran una gran diferencia en el discurso de las personas que perciben tener una red de apoyo “disponible”, en caso de necesitar ayuda, en comparación con las que perciben no tenerla. En estos casos se encontró una gran variabilidad discursiva, sobre todo en las personas que reportaron síntomas asociados a trastornos depresivos.

Al respecto, Thoits (1982) abunda en la importancia de que las personas afectadas por estos padecimientos, además de percibir una red de apoyo cercana, también se auto-perciban como dispuestas a proporcionar ayuda y apoyo, pues la falta de esta cualidad, según sus hallazgos, hablaría de una mayor vulnerabilidad psicológica, que podría ser indicador de un cierto grupo de personas con mayor riesgo de presentar estos padecimientos. Lomnitz (1987), por su parte, se refiere a esta disposición a *dar* y proporcionar ayuda como la posibilidad que tienen los integrantes de una red social de saber que hay *reciprocidad*, principio básico para el establecimiento del intercambio entre los miembros de la red social personal. De hecho, dice la autora, este principio posibilita la supervivencia y agrandamiento de la red y permite sobrevivir a los marginados de nuestra sociedad.

En el caso de la relación apoyo social-VD, no encontramos resultados de investigación que hubieran indagado el tema de manera específica; sólo si es referido como un aspecto relevante en la búsqueda de apoyo profesional e institucional para la resolución

del conflicto, pero no encontramos información que la refieran y describan en términos fenomenológicos. Debido a esto, no es posible comparar nuestros resultados con otros.

a) El apoyo y la red social

Dos aspectos son relevantes para discutir en función de los hallazgos:

- a) La polémica sobre la diferencia conceptual entre apoyo social y red social
- b) La controversia entre la relación: clase social-apoyo social

b) Apoyo social

Existe una gran polémica sobre la manera en que se ha utilizado este término en la investigación en ciencias sociales y específicamente en el área de la investigación en salud; es frecuente que se confunda la categoría “apoyo social” con la de “red social”; y si bien ambas se relacionan, no suele hacerse una diferenciación pertinente.

La definición sobre apoyo social más adecuada para nuestros hallazgos es la que proponen Wethington y Kessler (1986). Para estos autores el apoyo social se define como *la percepción hipotética que tiene una persona sobre sus recursos sociales disponibles para ser asesorada y ayudada en caso de necesitarlo*. Como podemos ver, se refiere a una categoría de orden subjetivo, a la percepción que nuestros sujetos tienen respecto de la posibilidad de tener ayuda en caso de necesitarla, tanto para realizar actividades de la vida cotidiana como para resolver situaciones de emergencia.

Esta percepción del apoyo social, según Sluzki (1996), define la *potencialidad* de la “red social significativa” con la que cuenta una persona para solucionar las vicisitudes del entorno microsocioal. De ahí que los límites de acción del sujeto no están definidos solamente por el lugar que ocupa físicamente su cuerpo y la inmediatez de sus acciones, sino que incluye todos los vínculos significativos con los que se relaciona en los diferentes ámbitos de su vida diaria, como la familia, los amigos, las relaciones laborales, la inserción comunitaria y, en general, todas sus prácticas sociales.

Es importante hacer la diferenciación entre apoyo social y red social como una cuestión didáctica, pero no hay que perder de vista que la percepción individual que las personas construyen sobre el apoyo social corresponde a una representación social creada en la práctica cotidiana, en la interacción con la red social significativa que está compuesta

de otras personas con otras subjetividades y en un contexto concreto. Sin una red no se puede concebir una noción de apoyo social, pues la *percepción* del apoyo está fundada en la *reciprocidad* que de la red se obtiene en la práctica cotidiana de las personas; y es en este sentido que la percepción de *apoyo social* resulta relevante para el tema de la VD.

Sin embargo, trabajos como el de Castro (Castro R., Campero M.L., Hernández B., 1997) señalan la importancia que tiene la variable *clase social* para la representación que las personas se hacen del apoyo social, pues según ellos es verdad que el contexto da la pauta para el universo relacional de las personas (como dice Sluzki), pero la percepción del apoyo social estaría definida por el aprendizaje que tuvieron durante su proceso de socialización, diferente de acuerdo con la ubicación socioeconómica de las personas. Esto quiere decir que “esperar” o “saber” que se *es* un sujeto de apoyo estaría relacionado con haberlo aprendido, pero el tipo de apoyo que la red puede brindar estaría condicionado por los recursos materiales disponibles desde su posición dentro de la sociedad.

No obstante, esto no significa que la población de escasos recursos económicos, proveniente de la *cultura de la pobreza* (Lewis O., 1994), no se perciba como sujeto de apoyo; si bien para la construcción de la noción del apoyo social es importante el estrato social para el tipo de ayuda que pueden brindar, no significa que las personas que provienen de un estrato social bajo construyan una noción de ayuda diferente a los de estratos medios o altos. Nuestra hipótesis apunta hacia que no existe una “noción ideal” de la ayuda a los “otros”. La pregunta en juego es si existen diferentes ideas respecto del apoyo social, dependiendo del lugar que se ocupa en la sociedad; o si, por el contrario, hay una noción más o menos generalizada que es común a las personas que pertenecen a una misma cultura. Nuestra postura sostiene esta última idea.

Respecto de esta discusión autores como Dressler (1997), al explorar el tema del apoyo social en una ciudad brasileña y relacionarlo con padecimientos como el estrés y la depresión, encontraron que el discurso de quienes reportaron tener un mayor acceso al apoyo social se aproxima más a un *modelo cultural ideal* sobre el apoyo social. Los autores llamaron a este modelo *consonancia cultural en apoyo social*, mediante el cual explican la asociación entre el estado de salud de los sujetos y la percepción del apoyo social; su conclusión es que esta percepción es independiente de las diferencias individuales encontradas; es decir, de variables socioeconómicas como la ocupación, ingresos, número

de hijos o estado civil. Pocas investigaciones han indagado la manera en que la interacción social y el acceso al apoyo social son construidos culturalmente, por esa razón el resultado de estos autores es relevante.

Para Cassel (1974) en las relaciones sociales hay un componente psicológico relacionado con estar integrado a un grupo de apoyo, tener sentido de pertenencia a ese grupo y saber que se puede contar con él en una situación límite tiene efectos positivos en la salud. Según este autor, el apoyo social no necesariamente tiene un efecto sobre el estado de salud, sino que individuos expuestos a estresores psicosociales y que, al mismo tiempo, tienen apoyo social están protegidos de los efectos negativos de esos estresores; por esa razón los efectos estadísticos de estresores y apoyo social no son aditivos sino interactivos.

Si el individuo *recibe* o no el apoyo es menos importante para la percepción del hecho, que si el individuo *cree* o no que el apoyo está disponible para él. Las personas perciben en términos de calidad y cantidad el apoyo social; las dimensiones culturales del apoyo social son un componente importante de la producción social de enfermedad. Lomnitz (1983), al tratar de explicarse cómo sobreviven las personas que pertenecen a las clases marginadas de nuestra sociedad, encontró que lo hacen gracias a valores sociales arraigados tales como la *reciprocidad* que tienen entre la red de apoyo para los diferentes ámbitos de la vida diaria.

En nuestros datos encontramos que percibirse o no como una persona apoyada no depende solamente del estatus económico de la familia en que crecieron los y las informantes, sino que la manera en que se conforma esta noción en la experiencia individual va más allá de los factores socioeconómicos. En el caso de la VD, los significados alrededor del apoyo social se asemejan más a la propuesta de Dressler respecto de un “modelo cultural ideal de apoyo”, ya que las narraciones hacen evidente que la percepción sobre el apoyo social está fundamentado en una *expectativa* sobre lo que consideran *debe ser* en ciertas circunstancias el apoyo de la familia, de los amigos y en general de la gente cercana.

En apoyo a la hipótesis arriba señalada, la creación de esa *expectativa* corresponde a la representación simbólica de una *noción ideal* del apoyo que se espera recibir. En el caso de las mujeres que sufren violencia doméstica, la esperanza de un apoyo incondicional que provenga de su red cercana trasciende el nivel económico del grupo social y remite al

ámbito de nuestra cultura mexicana. En este punto las narraciones de las y los entrevistados se refieren, en el caso de la familia, hacia una noción ideal cuyos lazos de parentesco son más fuertes que cualquier adversidad en la vida. Por el contrario, otras narraciones señalan de entrada la carencia de esta familia omnipresente en cualquier circunstancia. ¿En qué se basaron ambas percepciones?

Hasta aquí está por un lado una noción ideal de apoyo social que los informantes han aprendido que debe darse y debe recibirse. Esta noción ideal encuentra asiento en una construcción macro-social que traspasa las barreras socioeconómicas y se recrea en un cúmulo de representaciones y prácticas sociales respecto del apoyo social. Entre estas prácticas se encuentran aquéllas que, durante el proceso de socialización, aprendimos sobre qué se puede dar, qué podemos dar y qué esperamos recibir. En estas nociones sobre el apoyo social incluso existen diferencias según el sexo y también de género.

En el caso de la VD la conjunción de las dos situaciones enunciadas (la noción ideal de apoyo social más la expectativa del apoyo por sexo) acerca a cuatro tipos de hallazgos:

- 1° Un grupo de mujeres que no percibe tener ningún tipo de apoyo y que recrea su estar en el mundo de una manera muy dolorosa.
- 2° Un grupo de mujeres que percibe haber tenido apoyo para salir de su situación de VD, o que si no se separaron aprendieron de la gente cercana a sobrellevar su situación de violencia con su pareja.
- 3° Un grupo de varones que percibe haber tenido apoyo para salir de la situación de violencia.
- 4° Un grupo de varones que no percibe tener una red de apoyo social.

Adelantamos que, en cada uno de los cuatro grupos, hay evidencias de que la influencia de la red social cercana a los protagonistas fue de índole muy diversa; sin embargo una práctica frecuente entre las personas cercanas y los protagonistas de las historias fue la transmisión de los propios valores sobre la vida conyugal a través de la emisión de consejos y recomendaciones para actuar ante la presencia de problemas familiares; la red social actuó como reguladora de la vida diaria. Esta función de la red social como reguladora permanente de la vida cotidiana fue una práctica permanente entre las personas cercanas a las y los entrevistados. Pierre Bourdieu (1991), por ejemplo, ha señalado que es la repetición de las prácticas cotidianas la que permite los intercambios

simbólicos. Este intercambio permite dar *sentido* a las prácticas a través de un significado compartido y es a través de este hecho que se reproducen los valores sociales.

En el caso de la violencia familiar, la situación enunciada es por lo menos grave: en otras palabras, existen evidencias significativas de que la familia y la red cercana a nuestros informantes contribuyen, incluso sin proponérselo, a la reproducción de la violencia. Además, la noción ideal de apoyo social, aunada al reforzamiento social de lo que “deben ser” los comportamientos femeninos y masculinos, construye en nuestros informantes una subjetividad alrededor de vivir con un gran sufrimiento. La diferencia en los cuatro tipos de hallazgos está en la manera en que algunas manifestaciones de este sufrimiento, como la depresión, la ansiedad y el estrés, se calman mediante la ayuda terapéutica, la cual no provino, en todos los casos, de un profesional de la salud mental, como veremos más adelante. En el caso de las mujeres provenientes del área rural, el apoyo estuvo otorgado, en mayor medida, por alguno de los miembros más cercanos de su red de amistades o de la familia; y en menor medida fue recibido por algún profesional de la salud mental.

En el grupo de mujeres y varones que provenían del área urbana, la ayuda terapéutica provino tanto de la red de amistades y familiares como de profesionales. En estas formas de acompañamiento para sobrellevar el dolor radica la diferencia principal de los hallazgos. En las páginas que siguen se desarrollará con detalle las afirmaciones anteriores, pero antes presentaremos un pequeño apartado con información pertinente, para que el lector comprenda la aproximación al concepto de red social en relación con el tema del apoyo social antes discutido.

c) La red social

Elizabeth Bott (1990) plantea analizar la red social desde la perspectiva de la familia como un sistema microsocioal. Lomnitz (1983), Pujadas, (1999) y Sluzki (1996), además de considerar la aproximación de Bott, consideran que las normas y los roles asignados y asumidos en la interacción humana posibilitan las formas de relacionarse. Los roles aprehendidos previamente en la interacción del sujeto con su entorno, como propone la perspectiva fenomenológica de Berger y Luckman (1994), se actúan y se expresan como comportamientos y conductas.

Liberman (1995) sugiere que si se interpreta la red social tomando en cuenta a la pareja como la unidad relacional básica del análisis, se pueden observar los factores que afectan la iniciación, permanencia y disolución de los vínculos, sus intercambios y reciprocidad. Si la red social se analiza bajo esta perspectiva, el análisis será parcial pero sirve para determinar desde el microgrupo cómo se afectan las estructuras más amplias.

En esta investigación retomamos el modelo de análisis de redes de apoyo que propone Sluzki. Para este autor, el *contexto* de los sujetos de investigación es lo que define su *universo relacional*. Con esta primera idea, la red social puede definirse como: “*La suma de todas las relaciones que una persona percibe como significativas... la red corresponde al nicho interpersonal de la persona y contribuye substancialmente a su propio reconocimiento como individuo y a su imagen de sí mismo. Constituye una de las claves centrales de la experiencia de identidad, bienestar, competencia y protagonismo o autoría, incluyendo los hábitos de cuidado de la salud y la capacidad de adaptación en una crisis*” (Sluzki C., 1996: 42).

El mismo autor propone que es posible una aproximación al universo relacional de los informantes si se conoce la manera en que ubican e incluyen en su vida cotidiana sus relaciones personales más importantes. Para el análisis de la red personal significativa, propone elaborar un mapa donde se puede ubicar a las personas que el actor contempla como significativas, por lo menos en las siguientes áreas que divide en cuadrantes o esferas de relación:

- Familia
- Amistades
- Relaciones laborales (compañeros de trabajo)
- Relaciones comunitarias (en esta investigación se enfatiza sobre el personal y los servicios de salud)

Sobre los cuadrantes anteriores el autor propone inscribir tres áreas:

- Un círculo interior donde se ubican las relaciones más cercanas
- Un círculo intermedio de relaciones personales con menor grado de compromiso
- Un círculo externo de conocidos y relaciones ocasionales

Los integrantes que resultan de este mapa representan la red social significativa de cada informante. Más adelante utilizamos este mapa para representar algunos casos. En esta

investigación, la elaboración de mapas de relaciones sociales fue relevante en la medida en que ilustró el momento por el que estaban atravesando los y las informantes; hizo posible observar la forma en que esos recursos sociales fueron utilizados, aspecto relevante para la comprensión y diseño de estrategias de apoyo institucional para la atención de la VD.

Para el análisis de estos casos, decidimos utilizar solamente dos de los círculos propuestos: el de las relaciones más cercanas e íntimas (las más importantes) y el de las relaciones personales con menor grado de compromiso, debido a que, en el material empírico, los informantes se referían con mayor soltura y extensión a estos dos ámbitos y en menor medida al tercero, lo cual puede deberse, como hemos venido señalando, a que el problema de la VD no es un tema del cual se hable con todos los integrantes de la red, pues se considera como de carácter íntimo y privado; los informantes sólo pudieron explayarse con los miembros que creyeron más cercanos. De esta manera, la relación establecida con los miembros del tercer círculo (relaciones ocasionales) no resultó tan significativa.

2. EL GRUPO DE MUJERES QUE NO PERCIBEN TENER NINGÚN TIPO DE APOYO: *RED DE APOYO SOCIAL DIFUSA*

El grupo con una red de apoyo familiar y social difusa, es decir, que percibió poco apoyo de las personas con quienes interactúan cotidianamente (familiares o amigos) para hablar, recibir consejos o decidir qué hacer con su problema de violencia conyugal, estuvo conformado por siete casos. A continuación están señaladas con detalle algunas características significativas de este grupo.

a) Características socioeconómicas

Según la diferenciación por características estructurales de las familias de las informantes descrita en el capítulo III, la mayoría de las siete entrevistadas que conforman este grupo estaba en “fase de expansión”;^{*} cuatro de ellas tenían una jefatura familiar femenina y tres masculina. La mayoría de los casos provenía de escenarios rurales y eran usuarias de los centros de salud.

^{*} Véase capítulo III: cuadros de características estructurales de las familias de informantes.

El promedio de edad de las integrantes de este grupo fue de 24.5 y la media del número de hijos fue de tres. Tenían una escolaridad mínima, su relación con la educación formal sólo fue de cuatro años de primaria. Dos informantes trabajaban fuera del hogar y percibían un ingreso por ello; las otras cinco manifestaron ser dependientes de los ingresos de sus compañeros sentimentales. Cinco de estas mujeres vivían en unión libre, una estaba casada legalmente y la otra era divorciada.

Estas informantes comparten también algunas características estructurales; por ejemplo, en la mayoría, la familia de origen proviene en su totalidad de un medio rural y su economía se sostuvo en el trabajo agrícola; por varias generaciones pertenecieron a un estrato social escaso de recursos sociales y económicos. Las familias que formaron esta generación entrevistada emigraron de sus estados natales para buscar un mejor nivel de vida; sin embargo, formaron parte de los cinturones de marginalidad que se van creando alrededor de las ciudades grandes, al unirse a varones que en la actualidad tienen que ofertar sus servicios como jornaleros (campesino que trabaja por horas) agrícolas asalariados.

La historia paterna de estas mujeres estuvo marcada por la violencia conyugal. Cinco de los siete casos crecieron dentro de un ambiente familiar hostil, siendo testigos de eventos traumáticos; en algunos casos, esta situación derivó en la separación definitiva de los padres; en otros, se prolongó hasta que ellas salieron del hogar, ya sea para trabajar o para unirse a sus parejas actuales.

Dos mujeres de este grupo fueron abusadas sexualmente por sus familiares varones (abuelo, padre, hermanos, tíos) cuando eran niñas. Seis habían estado unidas a otras parejas sentimentales; de ellas, cuatro tuvieron hijos de esas otras uniones además de los que tenían con la pareja actual. De los compañeros sentimentales de estas seis mujeres, cuatro provenían también de otra unión y habían procreado hijos, con lo cual la interacción familiar se tornaba difícil, al igual que con el dinero y su distribución para los gastos.

b) La percepción de falta de apoyo y la noción de soledad

La mayoría de estas mujeres, al momento de la entrevista, vivía en pareja, dato importante para el tema del apoyo social, pues ¿por qué se perciben tan solas y sin apoyo si tienen un compañero con quien comparten su vida? Al parecer, esta queja constante de “estar solas y

sin apoyo” se debe a que perciben un control excesivo de sus cónyuges, en prácticas cotidianas que se tornan intolerables y que son motivo de discusiones frecuentes.

Prohibirles salir y hacer vida pública dentro de la comunidad, controlar sus gastos, celarlas en exceso y lastimarlas física y emocionalmente, fueron situaciones que estas informantes manifestaron tener que tolerar cotidianamente. En las mujeres que tenían más tiempo de convivir con una pareja abusiva, es posible que esta noción de soledad corresponda a una subjetividad construida en torno a lo desalentadora que puede ser la vida.

En su vida diaria estas mujeres no podían recurrir a ninguna persona cercana para pedir ayuda en cualquier esfera de las necesidades cotidianas; hacerlo podía desencadenar conflictos con su marido y debido a esto los únicos vínculos importantes con otras personas estaban circunscritos al ámbito de la familia de origen, razón por la cual las entrevistadas no poseían relaciones estrechas o amistades significativas.

En las informantes con mayor tiempo de exposición a la VD, existía un sentimiento muy profundo de sentirse solas, que variaba dependiendo del momento en el que se encontraba la entrevistada; es decir, una mayor percepción de soledad y abandono estaba relacionada con un evento de violencia reciente. Probablemente porque en la inmediatez, el conflicto se percibe diferente de cuando ha transcurrido un tiempo para procesarlo. Sin embargo, hay una contradicción interesante en el discurso de las informantes, que es relevante para el análisis: si bien en las narraciones pocas personas fueron mencionadas como significativas, en su práctica cotidiana ocurre que sí contaban con personas a las cuales podían acercarse a pedir ayuda.

Se trataba principalmente de familiares que, según narraciones, contribuyeron en varios aspectos a aminorar la carga de las entrevistadas respecto de las labores domésticas, el cuidado de los hijos o simplemente como escuchas de los conflictos que estas mujeres vivían dentro del hogar. Aunque era verdad que en estos casos, eran pocos los recursos humanos, sociales y económicos con que contaban, lo interesante es que no los reconocían. Es posible inferir estos detalles a partir de las narraciones de las mujeres. A continuación analizaremos brevemente un caso para ejemplificar lo antes dicho.

c) Percepción de apoyo social del caso M6

Esta informante narró lo siguiente al ser cuestionada sobre su percepción de apoyo:

Hay veces que se me viene todo a la mente cuando estoy desesperada o así, haga de cuenta que quisiera salir corriendo, porque la verdad, todo eso se me viene a la mente, todo, todo, tanto lo que pasé desde chica, tanto lo que pasó con el papá del niño, estuve todo el tiempo sola, todo el embarazo del niño estuve sola, cuando nació el niño estuve sola... y hay veces que una se siente así, como que se le cierra el mundo... con mi familia contaba más con mi abuelita que con mi mamá (M6, líneas: 456-464).

El testimonio apoya lo que se ha venido desarrollando en este apartado sobre la noción de soledad y el sentimiento de abandono por parte de la pareja, de la familia y de la red de amistades cercanas. Esta mujer vivía con su marido al momento de la entrevista y, sin embargo, su narración evidencia un sentimiento profundo de aislamiento, que no sólo estaba relacionado con que el marido fuera el agresor, sino con una noción más generalizada sobre una experiencia de vida poco satisfactoria y frustrante. Este sentimiento fue recurrente en los siete casos que integran este grupo.

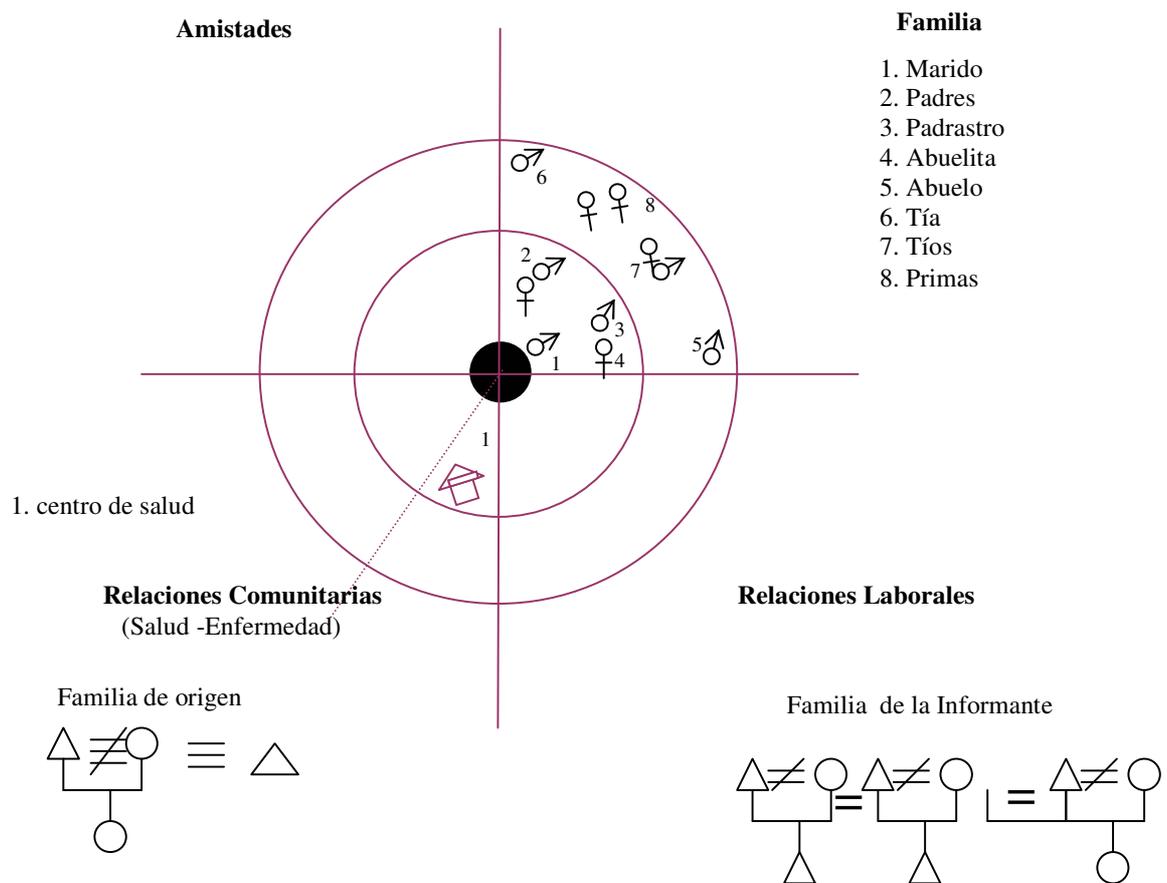
De vuelta al tema del aislamiento, las mujeres coincidieron en tener miedo para compartir con otras personas la situación que vivían; pensaban que “no les iban a creer” los sucesos que narraran; esto fue recurrente en las informantes que fueron abusadas sexualmente por parte de sus familiares varones (abuelos, padres, hermanos, tíos), lo cual sugiere una articulación de lo dicho con una auto-percepción de minusvalía y vulnerabilidad, debido a que provenían de una familia disfuncional y a una situación socioeconómica precaria.

Con todo, su noción sobre la soledad y el abandono encontraba sustento en la práctica real; es decir, en la poca o nula ayuda material que las escasas personas cercanas a ellas podían brindarle. No obstante, la *calidad* del apoyo no estaba relacionada solamente con el aspecto material en términos de cantidad, sino también con el aspecto emocional en términos cualitativos, es decir, con aspectos que las entrevistadas evaluaban de manera subjetiva, como cercanía, calidez, disponibilidad y afecto. También fue frecuente que estas informantes no percibieran tener un lugar sólido dentro de su familia de origen, debido a los pleitos frecuentes entre los padres y a la amenaza constante de la desintegración de la familia. Como si vivir cotidianamente entre todos esos conflictos les proveyera de una auto-percepción de insignificancia y de poco valor ante los demás.

Al respecto, algunos autores han encontrado que el sentimiento de minusvalía e insignificancia puede tener sustento en la forma en que son creados los roles dentro de la estructura social, que ubica el lugar de cada persona y provee el contexto para ser o no visible (Castro, Campero y Hernández, 1997:431). En el caso de la VD, a lo anterior se agregan los acontecimientos que han creado la situación biográfica de estas personas. Con ambas circunstancias, la percepción de soledad y falta de apoyo son representaciones sociales que encuentran sustento, como ya lo mencionamos, en las prácticas diarias provenientes de un mundo lleno de precariedad y aflicción cotidiana.

Veamos a continuación una representación gráfica de la forma en que una de las informantes más representativas de este grupo de mujeres, se refirió a las personas más significativas de su vida cotidiana.

**Figura 2. Mapa de redes sociales del caso M6
Caso representativo del “Perfil B”**



Este mapa de redes sociales es representativo de este grupo de mujeres. Como se puede apreciar en la figura 2, las relaciones sociales de estas mujeres se limitan básicamente a la red que se origina por el intercambio entre la familia, de la que señalaron recibir un apoyo limitado. En este ejemplo se puede destacar que, en el cuadrante de Familia, la informante señaló que la persona más cercana a ella era su marido; en segundo lugar ubicó a sus padres, luego a su padrastro, enseguida a su abuela, a su abuelo, a los tíos y finalmente a las primas. En el cuadrante de Amistades, no mencionó a ninguna persona significativa para ella, de igual manera ocurrió con el cuadrante que agrupa a las relaciones laborales. En cambio, en el apartado de Relaciones Comunitarias, se refirió al personal del centro de salud como un vínculo importante y cercano a su vida diaria.

Lo interesante aquí es que, pese a que estas mujeres narraron recibir cierto apoyo de parte de su familia, no lo mencionen como algo significativo. Es decir, aparecen mencionadas como satélites de su vida cotidiana, pero no como personas seguras a quienes les pueden pedir ayuda. En este sentido llama la atención que, aun cuando tienen disponible el apoyo, se perciban como mujeres solas y dolientes.

Esta apreciación proviene de una valoración completamente subjetiva basada en dos grupos de acontecimientos particulares de la historia de vida de estas mujeres. Por un lado los eventos traumáticos: sus historias de desintegración familiar, de abuso sexual infantil y en general situaciones derivadas de una “cultura de la pobreza” (Lewis O., 1994), que según la evidencia contribuyó a construir una percepción de vivir dentro de un mundo de constantes aflicciones cotidianas. Por otro lado, la frustración sobre una *expectativa* creada socialmente en torno a lo que *debe ser el* apoyo y que no obtuvieron, o que obtuvieron de otra manera. La conjunción de estos dos grupos de acontecimientos —que podríamos denominar como uno material y otro emocional— construye en las informantes esa noción de falta de apoyo, abandono y soledad, que trasciende la presencia física del cónyuge y de algunos miembros cercanos de la familia.

Quien aventure un juicio rápido podría coincidir con los estereotipos sociales respecto de que la violencia conyugal forma parte de un mismo paquete que va unido a la pobreza y a contextos vulnerables. Sin embargo, el capítulo anterior ha mostrado cómo mujeres con alto nivel de escolaridad e ingresos elevados también han sufrido violencia la

interior de sus hogares. La VD no sólo aparece como evento detonador en situaciones extremas, sino como parte de una cultura social en donde se promueve el control masculino sobre el femenino. Por esta razón el fenómeno traspasa clases sociales.

Por otro lado y con base en lo dicho sobre la percepción del apoyo social, la conjunción de estos datos muestra que percibirse como *sujeto* de apoyo está más relacionado con los eventos que han marcado la historia de vida de los informantes que con los recursos socioeconómicos que posee. Esto no quiere decir que éstos no influyan, sino que los eventos traumáticos ocurridos en diferentes etapas de la vida marcan simbólicamente la representación del apoyo social que se va construyendo en las personas. Por ejemplo, en el tema del abuso sexual, en las narraciones se percibe que haber vivido este evento en una época tan importante de la vida como la infancia crea sentimientos de vulnerabilidad, aspecto muy relacionado en la literatura científica (como apunta el capítulo I) con las mujeres que toleran y permiten el abuso físico y emocional durante etapas prolongadas de su vida.

Como último dato para apoyar esta hipótesis, otras informantes, que también provenían de escenarios rurales y con un nivel socioeconómico semejante, no presentaron el mismo discurso de soledad que éstos; en sus testimonios, no hay eventos equiparables al trauma que representó vivir las situaciones narradas por las mujeres de este grupo de informantes. A continuación, algunos de los tipos de apoyo más comunes en la interacción cotidiana de estas informantes para los cuales percibieron necesitar ayuda.

d) Tipos de apoyo en la vida cotidiana

i) Tareas domésticas, cuidado de los hijos

El tema de la vida doméstica ocupa un lugar primordial para la vida cotidiana de este grupo de mujeres. Debido a que la mayoría no trabaja fuera del hogar, su ámbito de interacción se reduce a las relaciones comunitarias necesarias para cubrir las necesidades del hogar, como ir de compras, llevar a los niños a la escuela o ir al centro de salud ya sea por un padecimiento propio, de los hijos o del marido.

Una de las preocupaciones mayores de este grupo de mujeres giraba en torno a los hijos; existía una preocupación real sobre con quién dejarlos en caso de que ellas salieran a

trabajar fuera del hogar o simplemente necesitaran realizar alguna otra actividad de la vida diaria. Esta preocupación se debía a la desconfianza que les generaba dejarlos solos en la casa o con el padre, ya que debido a la relación de abuso que se vivía dentro del hogar temían que pudiera hacerles daño o alguna otra situación desagradable. Una de las explicaciones sobre su situación emocional y económica recaía en no tener quién cuidara de los hijos. En este aspecto se esperaba una mayor participación de la familia, pero en varios casos esta relación también era problemática. Veamos a continuación un testimonio:

Quisiera que mi mamá viniera un día y me dijera “yo cuido a las niñas”, pero no tengo su apoyo (M22, líneas 64-64).

Otro:

Yo creo que es así porque nadie le dice nada, ni mis hermanos ni nadie, por eso me hace lo que me hace... si ellos dijeran algo yo podría decirle: “mi familia está conmigo y me van a ayudar”, si alguien me dijera: “yo cuido a tu hijo, vete a trabajar”, estaría bien, pero así ¿cómo te vas a ir con los niños, cómo vas a trabajar para darles de comer? (M20, líneas: 811-815).

Como se puede apreciar en el testimonio, la percepción del apoyo en las informantes se extiende a varias de las esferas de la vida cotidiana. En este caso, la noción de soledad encuentra asilo en un sentimiento de abandono por parte de la familia, como si esperara de ellos tener una protección que no se le ofrece y como si en parte también fuesen culpables de la situación en la que vive.

Por otro lado, la cuestión económica también está condicionada por la falta de apoyo para el cuidado de los hijos; la mujer se pregunta ¿cómo va a trabajar si no tiene quién le ayude a cuidar a los niños? En otros testimonios, mujeres que tenían el mismo problema y cuya VD era severa procuraban realizar actividades dentro del hogar de modo que el marido no se enterara, por ejemplo lavar o planchar ropa ajena.

ii) Vida cotidiana: techo y sustento

En las narraciones de este grupo de entrevistadas la búsqueda de la solución de necesidades básicas es prioritaria debido a las condiciones materiales en las que viven. Cinco entrevistadas dependían económicamente del ingreso de su pareja y éstos sólo percibían el

salario mínimo* como trabajadores subempleados. En estas circunstancias, la vida cotidiana articulada al maltrato se torna en una especie de arresto domiciliario y la mujer no puede vislumbrar una salida. En los casos en los que esta situación se conjugó con una larga exposición a la VD, las preocupaciones de las informantes giraban alrededor de lo siguiente:

Antes me iba con una amiga, pero era diferente porque estaba sola con su hija, pero ahora se casó y no es la misma confianza, todos me dicen “déjalo”, pero nadie me dice mira aquí está un rincón de mi casa, vente un tiempo (M22, líneas: 830-835).

Este testimonio ilustra con precisión su sentimiento respecto de vivirse abandonada, aislada y sin apoyo; y si lo reciben, no corresponde con su expectativa:

La enfermera me dijo: “si es por eso yo te dedico todo un día a ayudarte a cambiar de casa, busca un cuarto”, pero luego me detengo porque quien va a cuidar a mi hija chiquita (M20, líneas: 660-666).

Es decir, se espera un apoyo incondicional de la familia y las amistades cercanas. De esta manera, según nuestros datos, estas mujeres aceptan la convivencia con su pareja porque no perciben otras opciones de sobrevivencia.

Otra situación frecuente fue que el compañero no les permitiera salir a trabajar fuera del hogar, pese a que no podía cubrir totalmente los gastos de la familia; en estos casos las mujeres se quejaron de que no hacer “rendir el gasto” era uno de los motivos frecuentes de conflicto con el marido. También fue frecuente encontrar situaciones en donde el marido pedía explicaciones del porqué el dinero recibido no era suficiente, pese a que él laboraba incluso sábados y domingos. Cuando se presentaron estas situaciones, existía la sospecha de que la mujer no cuidaba como era debido el dinero que se le daba para administrarlo en los gastos del hogar.

En las relaciones de pareja en que los maridos trabajaban incluso los fines de semana, las mujeres manifestaron que les causaba desagrado porque los hijos no veían a su padre y no compartía momentos de ocio y esparcimiento con ellos ni con otros miembros

* El salario mínimo en el estado de Morelos era de \$38.30 pesos por 8 horas de trabajo diario. (3.2 euros aproximadamente).

de su familia extensa. A la frustración de estar confinada al hogar se agregaba un sentimiento de exceso de carga doméstica, debido a la poca participación del marido en la educación de los hijos.

Estos datos muestran un estilo de vida familiar que no promueve la convivencia entre los padres ni entre los hijos, ya que no existen estrategias en la pareja para solucionar problemas domésticos o para hablar de los acontecimientos cotidianos.

iii) Vida cotidiana: escucha y consejo

Algo muy apreciado por las mujeres que viven con VD es el apoyo que les brindan algunos miembros de la familia y algunas amigas cercanas, al escucharlas hablar sobre sus problemas. Tener alguien cercano con quien hablar y poder recibir consejos y otros puntos de vista, fue básico para sobrellevar la vida de maltrato. En este grupo de mujeres, con limitaciones sociales y económicas, algunos familiares cercanos, como la suegra o la madre, desarrollan un papel importante en la “regulación” de la vida de pareja. Es frecuente que la mujer pida consejos de su suegra o que acuse a su hijo con ella para que lo reprenda, el poder de la madre en este sentido para regañar al hijo es incuestionable.

Hubo un tiempo en que tenía mucho dolor de cabeza, a veces pensaba que me iba a volver loca, quería yo correr, ya no aguantaba todo lo que tenía en mi mente, todo lo que yo pensaba, entonces fui con mi suegra y platiqué con ella, me dice: “hija yo qué cosa puedo hacer, no puedo decirte haz esto o haz lo otro, no, pues ahora ustedes vivan bien”. Pero como le digo a él, si hasta su mamá le tiene miedo porque es muy violento, ella lo regaña porque toma... yo le digo que si le llega a pasar algo a mi no me culpen, porque a veces viene en la bicicleta muy tomado, le digo no estoy en tu pueblo, porque su pueblo está chiquito y todos se juntan, todo se sabe pero aquí no, le digo ¿aquí quién te conoce? (M10, líneas: 1451-1483)

En este grupo de mujeres, la presencia de alguien significativo que las escuche es fundamental para hablar de sus frustraciones y angustias cotidianas; en quienes tuvieron por lo menos una persona que las escuchara notamos una perspectiva diferente sobre sus problemas diarios que en aquellas que manifestaron no tener a nadie.

En el testimonio anterior, pese a que la suegra no quiere reprender a su hijo, para la entrevistada fue un hecho muy significativo e importante, ya que poder acercarse a platicar sobre sus problemas conyugales con la madre de su marido es un evento que no en todos

los casos pudo realizarse; es un dato que en escenarios rurales dice mucho sobre la posición que la nuera tiene al interior de la familia, ya que existen reportes de investigación (Freyermuth G., 2003) que señalan que en las uniones en donde los padres del marido no estuvieron de acuerdo, la mujer no es escuchada ni tomada en cuenta para los eventos familiares o comunitarios, tampoco es atendida aunque su vida corra peligro ya sea por el maltrato o por otros padecimientos o enfermedades.

d) Tipos de apoyo para el medio institucional

i) Resolución de problemas de salud-enfermedad

Este grupo de mujeres, debido a sus condiciones socioeconómicas, sólo tenía el apoyo de los centros de salud para resolver sus problemas familiares de salud, incluidos los malestares derivados de la violencia conyugal. En ninguno de los siete casos que integran el grupo hubo algún evento en donde se involucre la consulta privada de médicos.

Un aspecto que llamó la atención fueron las narraciones sobre las dificultades que les ocasionó ser referidos a hospitales de otro nivel de atención; el capítulo III menciona que una práctica frecuente en los centros de salud es derivar a los pacientes a otro nivel de atención cuando en el centro local no se pudo atender el problema. En estos casos esta situación representaba una inversión importante de su tiempo y de gasto, con lo cual sólo acudían a los hospitales a los cuales habían sido derivadas cuando el problema de salud era de gravedad, en el resto de las situaciones preferían no acudir. Esto ocurría, por ejemplo, cuando las enviaban al laboratorio para tomarle muestras a ella o a sus hijos.

Otro aspecto relacionado con la atención a la salud fue el de las prácticas de autoatención en el hogar. En este punto, cuando la entrevistada consideró que los problemas de salud-enfermedad de los miembros de su familia eran padecimientos que podía curar, se encargó de hacerles algún preparado doméstico para aliviarles, por ejemplo los resfriados o problemas gástricos. Cuando ellas se sentían enfermas, además de automedicarse, acudían a las farmacias locales a pedir información para comprar medicinas. Los padecimientos más frecuentes sobre los que acudían a las farmacias a pedir información estaban relacionados con su salud reproductiva.

En el nacimiento de sus hijos, sólo dos de los siete casos acudieron al hospital para atenderse el parto; el resto utilizó el servicio de las parteras locales, tanto para atenderse el parto como para las visitas de control natal, las cuales si bien no fueron frecuentes si se realizaron con cierta regularidad hasta el día del alumbramiento. Algunas mujeres de este grupo señalaron que a veces utilizaban las enfermedades de los niños como pretexto, para poder acudir libremente a platicar con el personal médico del centro de salud y plantearles algunas interrogantes relacionadas con su salud reproductiva, en la cual estaba incluido el tema de la violencia. En los casos con mayor severidad de violencia, las visitas al doctor eran controladas por el marido aunque fuera por enfermedades de los niños.

En estos casos de mayor severidad, la ayuda del personal de salud (como las enfermeras) fue decisiva para contribuir a que las mujeres se sintieran apoyadas en alguna medida, sobre todo en mujeres que demandaban atención a problemas de salud mental. Un ejemplo de esta situación fue una mujer que pudo acceder a un refugio para mujeres maltratadas gracias a la intervención oportuna de una enfermera del centro de salud; la enfermera le proporcionó información sobre el lugar y la animó a acudir a pedir ayuda. En el caso de esta mujer, la enfermera decidió ayudarla porque presentó lesiones físicas severas, además de una fuerte depresión debido al maltrato. Este caso resultó ser uno de los que tuvieron mayores niveles de severidad entre todas las informantes que provenían del área rural. Gracias a la orientación de la enfermera, esa mujer pudo atenderse las lesiones y además tuvo asesoría legal y psicoterapéutica en el refugio; sin embargo, debido a que era de reciente creación, todavía no encontraban la mejor forma de hacerlo funcionar cuando la mujer acudió, lo cual se reflejó en la poca calidad que obtuvo en el servicio y al poco tiempo decidió regresar con su marido e hijas.

Las mujeres que entrevistamos en el refugio se quejaron de la falta de profesionalismo en el trato que recibieron durante su estancia y de la poca y contradictoria orientación recibida para seguir adelante con el aspecto legal.

Estar allí es como la cárcel, cuando llegué me deprimí más, duré dos días y me salí, sentía que estaba en la cárcel, luego sentía feo salirme y dejar a mis hijas allí, me fui sin ropa ni nada, no tenía ni con que secarme, nada, en la noche tenía que lavarle la ropa a mis hijas para que se las pusieran al día siguiente, aquí (en mi casa) yo sé que llevo y si estoy cansada me acuesto, pero allá tenía que esperar para ver si tenía que ayudar en algo...el lugar está muy encerrado, hay que pedir

permiso para salir, yo dije que tenía que trabajar y me pusieron hora de llegada y todo (M22, líneas 1292-1304, 1317-1321).

Éste fue un dato importante para la investigación debido a que actualmente en México se está diseñando una estructura institucional desde el gobierno federal, para que funcione localmente. Se está proponiendo que desde la Secretaría de Salud se dé atención integral al problema de la VD, con énfasis en los aspectos de la atención a la salud y derivando los casos hacia otras instituciones cuando el problema presentado así lo requiera (por ejemplo hacia las instancias jurídicas). Sin embargo es difícil ponerlo en marcha sin una evaluación adecuada de los programas que ya se han creado (como los refugios). Hace falta señalar las dificultades que existen para poder mejorar el servicio.

Finalmente, durante la etapa de observación empírica pudimos constatar la infraestructura tanto de los centros de salud como de los refugios; es verdad que las instalaciones no contribuyen a una atmósfera propicia para una buena relación entre los profesionales que allí laboran y las usuarias. No obstante, el hecho de que se esté pensando en crear programas especializados y un área de atención especial al interior de los centros de salud, como parte de la atención a la salud-enfermedad, es una muestra de que en la actualidad hay un avance, en comparación con la situación de desconocimiento que anteriormente se vivía.

ii) Mundo laboral

En el aspecto de cómo funciona la red de apoyo para conseguir trabajo, vivir una situación de violencia familiar es un dato que activa la red con especial empeño. Hubo casos que incluso lograron salir fuera del país para buscar empleo gracias al apoyo de amistades y familiares. En el mundo de precariedad económica del que provenía este grupo de mujeres, resultó muy interesante conocer las formas en que las personas cercanas colaboraron para ayudarlas a conseguir un trabajo remunerado. Con frecuencia sus amistades y familiares contribuyeron a que realizaran actividades que les redituaban un poco de dinero extra, como lavar o planchar ropa ajena; trabajo esporádico que podían realizar dentro de su casa y así no exponerse al regaño del marido, aunque de entrada sabían que era un tema que podía ponerlas en riesgo de desencadenar una escena violenta. No obstante, estas mujeres asumían el riesgo con el objetivo de mejorar la economía doméstica. Al igual que la

situación anterior fue frecuente encontrar otras manifestaciones de solidaridad, ya fuera por parte de sus amistades, familiares o por parte de sus empleadores. En este último caso, el apoyo de los patrones se recibía cuando se enteraban de las razones que había para las fallas que las mujeres cometían dentro de su jornada laboral.

El trabajo remunerado fue un tema de gran relevancia para estas mujeres debido a que sus ingresos estaban dedicados a cubrir las necesidades económicas de los hijos. Ambos casos coincidieron en que ellas estaban unidas en segundas nupcias y habían tenido hijos de la primera unión. Aquí, hay un hallazgo importante respecto de la relación entre el mundo laboral y la violencia familiar; esa situación particular fue utilizada por los cónyuges para amenazarlas de que iban a inmiscuirse en su vida laboral, argumentando que tenían un “mal comportamiento social” y erigiéndose en jueces de su historia de vida.

En estos casos, los cónyuges varones sabían de la importancia que el mundo laboral representaba para estas mujeres y por esa razón las amenazas surtían efecto. Para evitarse problemas laborales, las entrevistadas accedieron a realizar actividades con las que no estaban de acuerdo o que no les gustaban. Debido al temor de que los maridos cumplieran las amenazas y les quitaran el empleo hablando sobre hechos pasados de su vida personal.

Él me dijo que iba a hacer que me quitaran el trabajo, que le iba a decir al señor que yo voy en las noches a sacar cosas y que aunque yo dijera que no era cierto, al señor le iba a quedar la duda y me iba a correr (M22, líneas:929-933).

En la relación del mundo laboral y la red de apoyo, un aspecto relevante son las personas que ayudan al cuidado de los hijos mientras las mujeres trabajan. En contraste, las mujeres que no trabajaban fuera del hogar mencionaron esta falta de apoyo para cuidar a sus hijos como un obstáculo para salir del hogar y emplearse en alguna actividad. Las que laboraban tenían una red de apoyo más extensa y diversa en comparación con las que no. Y pese a las amenazas del cónyuge, las personas que formaban parte de esa red en el trabajo hacían parte importante de los recursos sociales sobre los cuales podía echar mano en caso de necesitar ayuda.

Es posible que, debido a esto, la noción sobre el abandono y la soledad era más notable en los testimonios de aquellas mujeres que además de la precariedad económica y social en la que vivían, estaban carentes de redes laborales de apoyo.

iii) Apoyo legal

En la mayoría de los casos que conforman este grupo de mujeres, pese a las situaciones de violencia física extrema, no hubo un acercamiento al medio legal para pedir apoyo o demandar al abusador, porque las mujeres no sabían que podían hacerlo, no estaban enteradas de sus derechos legales como ciudadanas y en su contexto de vulnerabilidad eran frecuentes las prácticas de abuso.

En sólo dos casos el comportamiento violento del marido fue demandado legalmente y las mujeres recibieron apoyo y asesoría jurídica. Una de las mujeres que demandó fue la que acudió al refugio para mujeres maltratadas, lugar al que se acercó por la recomendación de la enfermera del centro de salud. La otra fue asesorada por integrantes de la red social que conoció al participar en un grupo de autoayuda que ofertaba la organización civil donde fue entrevistada. Las narraciones sobre este tema ilustran las contradicciones que existen en el ámbito jurídico y que desalientan a las mujeres que deciden tomar la vía legal, para intentar resolver las situaciones que se derivan de tener un marido que ejerce violencia contra ellas.

En México, los recursos legales todavía no funcionan de manera adecuada como para garantizar la imparcialidad de la ley en los casos de VD. Las trampas jurídicas que los abogados pueden hacer para proteger a sus clientes (en ambos casos) son ilimitadas, pero en el caso de las mujeres que demandan, el *via crucis* jurídico al que deben someterse requiere de una gran capacidad de tolerancia a la frustración, ya que están expuestas a escuchar comentarios misóginos, incluso del personal que se supone está para salvaguardar su integridad física:

Me dijeron que eran golpes pequeños, yo creo que quieren que me mate para que proceda, la segunda vez que lo demandé cuando se llevó al niño, como yo había regresado con él me convenció de que retirara la demanda para que no se lo llevaran (M20, líneas: 991-997).

Durante la observación empírica, se pudo apreciar la situación que estas mujeres narran cuando se enfrentan al sistema judicial. Una de las abogadas encargadas de recibir las quejas por maltrato en la Procuraduría del Estado de Morelos dijo que eso ocurría porque no les gustaba que las mujeres vinieran a levantar demandas y luego regresaran a retirarlas cuando se reconciliaban con los maridos lo que les incrementaba el trabajo diario y les producía enojo por la situación incómoda que se generaba a la hora de hacer el careo entre la pareja.

Por esa razón, la táctica del DIF, según narró una de sus trabajadoras, es apoyar sólo a las mujeres que están realmente decididas a llevar hasta las últimas consecuencias la demanda legal en contra de sus maridos; de otra manera sólo se desperdician recursos sociales y económicos. El DIF es de las pocas instituciones en el estado de Morelos creada para apoyar a la población de escasos recursos económicos; por esa razón, las mujeres que proceden de un estrato socioeconómico bajo acuden con frecuencia a demandar sus servicios. Según una de las trabajadoras del área jurídica:

La población que atendemos es de clase baja, el DIF está hecho como asistencia social para las personas más desprotegidas, para las que no tienen cómo solicitar servicios privados, el DIF trabaja para la población en general, pero en sí es para la más vulnerable en el Estado (EP1).

De acuerdo con la observación empírica, en el caso de la violencia conyugal, es de gran importancia la presencia de personas cercanas que puedan apoyar a la mujer durante el proceso que implica poner la demanda y que siga su curso. Además de ayudar moralmente, es necesario que contribuya a descifrar el mundo legal. En el caso de las mujeres que no contaron con personas cercanas que las ayudaran, esta observación es relevante porque el desconocimiento sobre los derechos ciudadanos contribuye a la construcción de la vulnerabilidad con la que se percibe este grupo de mujeres.

La acción de iniciar una demanda legal está relacionada con el conocimiento que las mujeres puedan tener respecto de sus derechos civiles, lo cual según lo observado se corresponde con un ámbito de construcción ciudadana que la mayoría de este grupo de mujeres no tenía. Éste es un punto al que también se refirió el personal que trabaja en el DIF

estatal, al observar el comportamiento de las pocas personas que acuden con ellos a pedir asesoría legal sobre el problema de la VD.

Las mujeres generalmente vienen solas, las que están en albergue o refugio temporal es porque no tienen a nadie de la familia que les ayude, o lo tienen pero no les dan el apoyo que ellas requieren (EP2M).

La vía legal dentro de los planes del DIF estatal está diseñada para que, una vez que una mujer decide demandar a su cónyuge por VD, tiene la opción de acudir al refugio para mujeres maltratadas con todo y sus hijos, ya que debido a que el DIF trabaja con la población más desfavorecida, se espera que estas mujeres no tengan apoyo de su red familiar o de amistades para que las alberguen mientras dura el proceso legal. Sin embargo, el hecho de que una mujer se mude a vivir al refugio se convierte en un estigma dentro de su familia y de su comunidad. Ello evidencia que la falta de apoyo y de vivir el problema de VD con un gran sentimiento de soledad y abandono es una situación también percibida por los otros profesionales que están trabajando con el tema.

3. EL GRUPO DE MUJERES QUE PERCIBE HABER TENIDO APOYO PARA SALIR DE SU SITUACIÓN DE VIOLENCIA DOMESTICA: INFORMANTES CON RED DE APOYO SOCIAL ESTABLECIDA

El grupo de informantes que manifestó percibir una red de apoyo social establecida está conformado por 21 mujeres. De éstas, 10 provenían de escenarios rurales y, de acuerdo con el análisis de su estructura familiar (véase capítulo III), ocho estaban en un ciclo de vida familiar en fase de expansión y dos en fase de reemplazo. De estas ocho, seis fueron casos de familias nucleares completas con jefatura familiar masculina; y en dos casos, se trataba de familias nucleares incompletas con jefatura familiar femenina. Los dos casos restantes provenientes de zonas rurales fueron familias extensas con jefatura familiar masculina.

Los otros once casos eran informantes que provenían de zonas urbanas, usuarias de un grupo de autoayuda promovido desde la asociación civil, donde realizamos la

observación empírica. Seis tenían una estructura familiar en ciclo de fase de reemplazo; tres estaban en fase de expansión; dos en fase de formación y una en fase de fisión.*

En los seis casos se trataba de familias extensas, cuatro tenían jefatura familiar femenina y dos jefatura familiar masculina. De las tres en fase de expansión, dos casos se trataban de familias con jefatura familiar masculina y una con jefatura familiar femenina. De las dos familias en fase de formación, ambas se trataban de familias nucleares con jefatura familiar compartida. La restante tenía jefatura familiar femenina.

A continuación algunas características principales de las mujeres de este grupo.

a) Características socioeconómicas

El promedio de edad de las integrantes de este grupo es de 34.8 años; la media del número de hijos fue dos y tenían una escolaridad equivalente a secundaria completa. Doce trabajaban fuera del hogar y recibían un salario, el resto dependía de los ingresos de sus parejas o de la ayuda que les proporcionaba la familia; trece estaban separadas; cinco casadas y tres vivían en unión libre. En estos casos encontramos mujeres que habían compartido desde unos meses y hasta 36 años con sus maridos, en situación de maltrato.

Las informantes más jóvenes de este grupo coincidían en que se trataba de mujeres cuyas principales dificultades radicarón en la manera en que establecieron su relación de pareja. De la unión se derivó una serie de aspectos relacionados tanto con la premura de la decisión de vivir juntos como con su juventud. De éstos, la mayoría estuvo relacionada con no haber concluido sus estudios y, debido a esto, no poder conseguir un trabajo con una remuneración suficiente para cubrir sus necesidades básicas, lo cual las encaminó de nuevo a la casa de los padres, aun cuando manifestaron no sentirse cómodas con la situación porque consideraban que lo ideal para la pareja recién unida hubiera sido tener un espacio propio para evitar las dificultades que luego se presentaron debido a la cercanía de sus familiares.

La premisa que hemos enunciado, respecto de la reproducción de los valores de la familia y el reforzamiento de éstos por los demás integrantes de la red social y por las instituciones, es evidente en los casos de las mujeres jóvenes que estaban en un ciclo

* Véase capítulo III, cuadros de características estructurales de familias de las informantes.

familiar de fase de expansión. Es posible que, debido a su juventud, estas mujeres se mostraron muy pendientes de las opiniones de su familia, la cual influyó de manera importante en sus decisiones personales sobre la pareja. La mayoría de sus discusiones fueron precedidas o secundadas por observaciones provenientes de algún miembro de su familia, también ocurrió con comentarios de algún miembro cercano de su red de apoyo.

Además, la corta edad de estas mujeres marca una diferencia importante respecto de las mujeres con una experiencia de hasta 36 años de vida conyugal, en donde la violencia estuvo presente y que además se encontraban en un ciclo de vida familiar en donde los hijos ya estaban formando su propia familia. En el caso de estas mujeres jóvenes, es posible que el apoyo familiar recibido y su percepción de poseer una red de apoyo bien establecida estuviera sustentada en su condición de mujeres jóvenes que, debido a su condición casi adolescente, podían seguir siendo sujetas de apoyo de la familia de origen. En contraste, las mujeres con mayor edad recibieron apoyo que provenía principalmente del grupo de amistades que habían logrado conformar a lo largo de su trayectoria de vida, aunque una parte importante también provenía de su familia.

Un dato interesante fue que, en ambos casos, las mujeres coincidieron en la importancia de contar con una red de apoyo, que aun cuando no fuera extensa sí estuviera integrada por personas significativas que ayudaran a tolerar los acontecimientos cotidianos emergentes. Las personas cercanas a la relación de pareja participaban como intermediarios entre la vida privada y la pública, filtrando los acontecimientos violentos y ayudando a distender el malestar emocional de la agredida. Con este comportamiento, la red promueve una situación de apoyo terapéutico que funciona como amortiguador de las emociones ambivalentes que genera vivir con una pareja violenta, como puede observarse en las parejas que manifestaron abiertamente haber “sobrevivido” a las situaciones de violencia extrema gracias al apoyo recibido de las personas más allegadas.

Es posible que la red contribuya a construir un ambiente de *tolerancia* al maltrato gracias a la intervención oportuna de las personas que la integran, dando consejos sobre el comportamiento que las mujeres deben tener para evitar conflictos conyugales. Estos acontecimientos cotidianos van edificando una serie de paradojas personales y sociales que a continuación vamos a destacar.

b) *La legalización y reproducción de la violencia*: aunque la casa se queme que no salga el humo

Las mujeres somos las encargadas de que todo funcione bien al interior de la vida doméstica, por lo tanto si pido ayuda estoy ventilando que algo allí adentro no funciona bien, estoy ventilando que no soy lo suficientemente hábil para llevar la casa, mi abuelita siempre me dijo: “aunque la casa se queme que no salga el humo” (M41, líneas: 1091-1101).

En este grupo de mujeres, la mayoría manifestó que la situación principal para la que necesitaron ayuda de las personas más cercanas fue resolver los conflictos con su pareja; es decir, después de las discusiones buscaron quien las escuchara, esperando recibir un consejo sobre qué hacer ante la situación que se les presentaba y así poder tomar una decisión. En estos casos, un aspecto que llamó la atención fue que las informantes narraron que, al buscar ayuda entre su red de apoyo, frecuentemente encontraron una respuesta que las cuestionaba sobre su comportamiento en la relación de pareja; este dato sugiere que en ciertas circunstancias parece generarse un reforzamiento de la red social sobre los valores sociales que mandan tener una cierta conducta con el cónyuge. Curiosamente, esta situación fue reportada por las mujeres con mayor tiempo de exposición a la violencia y que en la actualidad continuaban manteniendo el vínculo con su pareja, pese a la larga historia de maltrato. Ello parece indicar que la intervención de la red de apoyo, en algunos casos, *contiene* una situación que podría desembocar en una ruptura del vínculo o en escenas de violencia severa.

En el caso de las once informantes entrevistadas en el grupo de autoayuda, la mayoría ya había roto el vínculo conyugal; sin embargo la forma en que utilizaban su red de apoyo estaba enfocada a las amistades conseguidas en el grupo de autoayuda en el que sesionaban. Las que aún continuaban en su relación de pareja utilizaban el conocimiento adquirido durante las sesiones de terapia grupal para enfrentar al cónyuge durante los eventos de violencia. Una coincidencia entre las mujeres que provenían de zonas rurales y las de zonas urbanas fue la influencia que tenía su red de apoyo para seguir conservando su relación de pareja y no separarse pese al maltrato. Aunque fueron mujeres en fase familiar de expansión y con jefatura familiar compartida quienes apuntaban más hacia “seguir luchando” por su matrimonio. Esta actitud de “seguir luchando” por el matrimonio estuvo presente en mujeres que ostentaban un título universitario, trabajadoras asalariadas y con

una red de apoyo establecida, lo cual refuerza la idea inicialmente planteada respecto de que la tolerancia y permisividad hacia el maltrato no solamente está relacionada con el aspecto socioeconómico.

En el caso de las mujeres provenientes de zonas urbanas, la red de apoyo generada alrededor de la terapia grupal funcionaba también como soporte y ayudaba a sostener la situación negativa en su relación de pareja. Cuando una de las mujeres de este grupo fue cuestionada sobre su permanencia con un varón que la golpeaba, respondió lo siguiente:

Una de las cosas por las que me cuesta trabajo separarme (del marido) es que mi abuelita y mi tía son muy controladoras, siempre están dándome directrices de lo que tengo que hacer, el fin de semana las fui a visitar y me dijeron: “¿por qué no vino Beto?” Les dije: “porque no quiso venir”. Me dicen: “¿no te parece mal que él por allá con el niño y tu aquí?”... Sé que si me separo de él pondrán el grito en el cielo... van a decirme: “ya fracasaste otra vez, te vas a llevar a tus hijos entre las patas”. No sé cómo pero eso dicen (M41, líneas: 927-947).

El caso anterior es el de una mujer profesional con estudios universitarios y militante de una organización feminista. Cuando fue entrevistada, estaba unida por tercera ocasión con un varón que la maltrataba; en las tres uniones había procreado hijos con los padres y, pese a tratarse de una mujer con una vida económica independiente, no podía separar los comentarios de su familia sobre su “mal comportamiento” a lo largo de su historia de vida. En la familia de las entrevistadas son frecuentes los comentarios sobre cómo tienen que actuar para evitar conflictos con su pareja. Este hecho, sobre todo en las mujeres más adultas, generaron disgustos con su familia de origen además de una gran ambivalencia respecto de sus prácticas ideológicas actuales y la ideología familiar. En este punto es importante destacar cómo la red social promueve la permanencia de normas y valores sociales respecto de los roles tradicionales de género, aun en contra del bienestar de las mujeres cuando se encuentran dentro de una relación de abuso.

Por otro lado, las mujeres que habían vivido con otras parejas y habían procreado hijos, antes que con la pareja actual, tenían más dificultades para decidir una posible separación, a pesar de tener conflictos graves y que éstos fueran cotidianos. En esos casos, los comentarios de la familia se tornaban difíciles de tolerar, debido a las críticas sobre su forma de vida; según los datos, este tipo de comentarios pesaron mucho sobre las

entrevistadas y en algunos casos les quitaron el deseo de emancipación. En la mayoría de los testimonios encontramos consejos de la familia sobre “re-pensar” la posible separación del marido, la frase “*Aguántale hija, va a cambiar*” o “*¿qué vas a hacer sola con tantos niños?*” (M11, línea: 1178-1179), fue frecuente en estas historias.

Otra situación fue que, con frecuencia, las entrevistadas percibieron que los comentarios descalificaban sutilmente sus sentimientos expuestos a la familia. Los familiares emitían frases que sugerían una exageración de los acontecimientos y que las remitían a re-considerar su actuación dentro del conflicto. En la mayoría de los casos el comentario iba en torno a instarlas a realizar un ejercicio de introspección para buscar en lo más profundo de sí mismas, si no habían sido ellas quienes empezaron el pleito o la agresión antes que el marido.

Otras mujeres no se separaban porque no podían tolerar la vergüenza que este hecho les significaba a sí mismas y a su familia. En algunos casos señalaron abiertamente que este hecho sería considerado por su comunidad como un “fracaso”, lo cual las colocaba socialmente en un clima de vulnerabilidad al que preferían no hacer frente porque no se consideraban con herramientas suficientes.

Finalmente, en las situaciones de mayor conflicto, el varón trataba de romper el vínculo de la entrevistada con la red de apoyo; en estos casos, parte de la violencia emocional se dirigía a menospreciar la ayuda brindada por la familia o por la red de amistades,

Yo no podía acudir a mis padres porque para toda la familia de él ellos son unos alcahuetes (M19, líneas: 22-25).

Testimonios como el anterior ilustran la forma en que se intenta descalificar, en la situación citada, a los padres de la entrevistada. En los casos en que surtieron efecto estas descalificaciones (como el grupo anterior), las mujeres se quedaron sin apoyo familiar.

Un ejemplo de cómo la familia interviene apoyando a las mujeres cuando se encuentran en una situación de maltrato es la narrada por esta informante, cuando fue interrogada sobre las situaciones en las que su familia intervenía para ayudarla:

Uno de mis hermanos ha ido a hablar con cada uno de los maridos de mis hermanas y sí han intervenido, por eso mi familia sabe bien cómo se llevan ellos,

pero como están allí, como se quedaron con sus maridos ya no se puede hacer otra cosa porque ellas no han decidido salirse y como sus hijos están grandes también yo creo que por eso optaron por decir pues ya para que me voy y se aguantan (M42, líneas: 2407-2419).

En el caso citado, se trataba de una mujer con varias hermanas, las cuales tenían maridos que las golpeaban con frecuencia. Las hermanas seguían unidas al vínculo conyugal pese al maltrato y a la ayuda que les prestaban sus hermanos. Lo más frecuente fue que los hermanos amenazaran al marido y también arremetieran físicamente contra él, con lo cual la violencia conyugal se extendía hacia los demás integrantes de la familia.

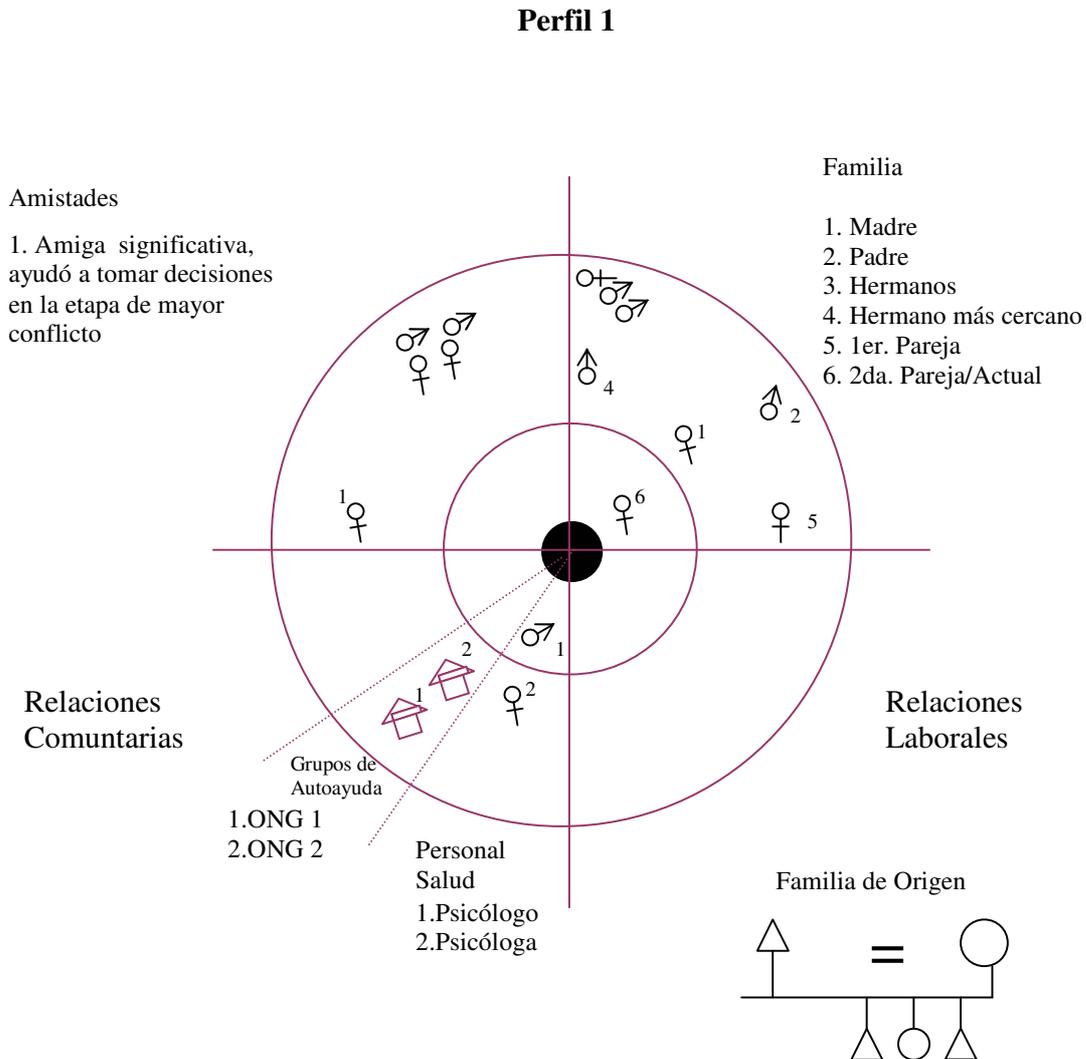
Pese al apoyo familiar, no en todos los casos se rompió el vínculo, ya que aunque las mujeres sabían que tenían el apoyo de la familia en caso de necesitarlo, no fue suficiente para que se aventuraran a dejar el sometimiento. Paradójicamente, este hecho hacía una gran diferencia en la percepción que tenían estas informantes sobre los avatares cotidianos y las negociaciones que podían hacer con la pareja, en comparación con las mujeres que se sintieron solas y sin apoyo. La red contribuye también a la reproducción de las normas y valores que regulan los roles sociales. Contradictoriamente esta situación ilustra una forma cotidiana en la que se institucionaliza y reproduce la violencia, a través de lo que Bourdieu llama violencia simbólica. Según este autor: “Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza” (Bourdieu P. y Passeron J.C. 2001: 18).

Es posible que la aparente normalización y permisividad social alrededor de la violencia se reproduzca en las diferentes esferas de interacción social mediante situaciones como las descritas. El poder simbólico que tienen las personas significativas para la mujer doliente contribuye (sin que así se lo propongan) a la reproducción del fenómeno mediante el reforzamiento de los roles sociales, de las representaciones respecto del quehacer genérico en nuestra sociedad y de los valores sobre ciertos iconos de la cultura mexicana, como la familia. En el contexto mexicano la figura de la madre y el padre tienen un peso simbólico que parece dominar la subjetividad de las informantes a costa de su propio bienestar físico y emocional.

En el caso de la VD, pensar que el sistema social también se reproduce y refuerza a través de los vínculos con los integrantes de la red de apoyo llevaría prácticamente a considerar que los esfuerzos que se realizan para prevenir la VD son inútiles. Sin embargo, la posibilidad de cuestionar la “normalidad” del discurso de la violencia, a través de los grupos de autoayuda, de masculinidad y de reflexión, ofrece la esperanza de rehacer la historia.

Para ilustrar cómo perciben el apoyo social las integrantes de este apartado, se presenta uno de los mapas de redes sociales más representativos, el de la informante M41:

Figura 3. Mapa de la percepción de apoyo y redes sociales del caso M41



Este mapa ilustra los casos de mujeres que manifestaron sentirse apoyadas por su red social. A diferencia del mapa del otro grupo, en éste aparecen representadas gráficamente un mayor número de personas, lo cual representa una mujer que percibe su vida cotidiana rodeada de personas importantes y significativas.

En el cuadrante de Familia, la pareja actual aparece como la persona que tiene un mayor grado de cercanía con la entrevistada; luego se encuentra uno de los hermanos, la madre y la pareja sentimental anterior. En este caso, es relevante que en el cuadrante de Relaciones Comunitarias, el espacio destinado a reportar la interacción que la entrevistada tiene con el sector salud, se mencione al psicólogo y a los grupos de autoayuda como las personas y los lugares cuya interacción les resultó más significativa. En estos casos aparece un vínculo importante con profesionales de la salud mental, dato que hace una diferencia importante con el grupo de mujeres con menor densidad de redes de apoyo y que puede ser atribuido a la relación que establecieron con el grupo de autoayuda.

En el cuadrante de Amistades, la informante mencionó cinco personas cercanas a quienes podía acudir en caso de necesitar ayuda de emergencia o para otros aspectos de la vida diaria; en especial mencionó una amiga (número 1) cuya compañía fue definitiva para sobrellevar el trance de su vida de pareja violenta. Por último, en el cuadrante de Relaciones Laborales no fueron mencionadas personas significativas, lo cual llamó la atención debido a que se trataba de una mujer que sí realizaba actividades remuneradas fuera del hogar. Sin embargo, según sus declaraciones, esta situación se debía a que en los últimos meses, su integración a los grupos de autoayuda le había hecho voltear la mirada hacia sus integrantes y hacia ella misma y olvidarse un poco de las otras personas con quienes interactuaba.

A continuación se presenta las formas más comunes y frecuentes en las que este grupo de mujeres manifestaron sentirse apoyadas para su vida diaria.

c) Tipos de apoyo en la vida cotidiana

i) Tareas domésticas: cuidado de los hijos

El apartado que correspondió al primer grupo de mujeres (las que se percibieron sin apoyo social) reportó la importancia que tenía el tema del cuidado de los hijos y la carga emocional extra que le daba el hecho de convivir con una pareja violenta. En el grupo de mujeres que percibió tener más apoyo, hubo una vivencia menos estresante respecto de la relación con sus hijos. Mientras en el primer grupo esta situación se vivía con mucho sufrimiento, en este segundo grupo el vínculo madre-hijos fue mejor.

La diferencia principal entre uno y otro grupo radica en que, en términos prácticos, el segundo grupo siempre encontró alguien dentro de su red social a quien recurrir cuando necesitó realizar actividades en las cuales no podían participar los menores. En el caso de las madres trabajadoras, el papel de cuidadoras adicionales estaba garantizado en cierto horario por la guardería, jardín de niños o escuela primaria. En estos casos, cuando las madres tuvieron actividades fuera del horario que cubría la escuela, pudieron dejar a sus hijos con algún miembro de la red social.

Con frecuencia este papel fue cubierto por la abuela, las tías o las amigas que eran madres de los amigos de los hijos; es decir, miembros de una red que se activó con el ingreso de los respectivos hijos a la misma escuela, lo cual no significó en casi todos los casos que fueran amigas cercanas, íntimas o de muchos años, esa red respondía a necesidades muy específicas, como el cuidado de los niños en horas fuera del colegio.

Pese a que no en todos los casos se trataba de amigas con quienes compartieran cierta intimidad, llamó la atención que en ocasiones sí se tuvieran confianza para intercambiar aspectos sobre su vida de pareja. Por ejemplo, en algunos casos se pudo compartir la situación vivida alrededor de su relación de violencia y esto posibilitó el intercambio de consejos sobre cómo actuar o qué hacer ante esas situaciones.

Hay una amiga con la que platicaba que también tenía sus broncas, éramos mamás de hijas que iban a la misma escuela... con ella era con la única con la que realmente platicaba todo lo que pasaba. Pero aún así yo no pensaba que fuera tanto la agresión porque él siempre me decía “es que tú siempre te quejas por un golpecito y deberías ver como viven las demás”, yo pensaba ¿será cierto? Y entonces me daba vergüenza andar platicando esas cosas, y hubo un tiempo que

pensaba que me merecía todo eso que me estaba pasando, entonces decía bueno para que me quejo si a lo mejor las otras no viven lo mismo que yo y que tal vez yo era la única que se había equivocado... No me daba consejos de decirme: "déjalo", al contrario, ella estaba viviendo una situación parecida y yo le decía: "no se deje". Pero cuando ya lo aplica una como que lo duda, se ve distinto.. (2475-2526)

En el caso de las mujeres fue común que se pudieran acercar con las personas cercanas a su vida cotidiana, aunque no fueran amigas íntimas, para comentar sobre sus problemas conyugales. Esta dinámica hace una diferencia importante entre los géneros pues, como veremos más adelante, los varones que entrevistamos no señalaron este tipo de confianza con sus amigos, por lo menos no con el grado de intimidad con el que lo manifestaron las mujeres. Por otro lado en este caso, la entrevistada señaló que el intercambio de sus problemas con la amiga le permitió comparar su situación con la de ella, saber de otras mujeres con el mismo problema y darse cuenta de que su caso no era el único.

En este sentido hay una gran diferencia respecto de las narraciones de aflicción de las informantes del primer grupo, quienes mencionaron el fuerte malestar emocional causado por la demanda del *deber* de cuidar bien a los hijos, aspecto no garantizado en un ambiente precario hasta de relaciones sociales.

Hasta ahora y en resumen, en un vínculo conyugal donde el maltrato forma parte de la vida cotidiana de los integrantes de la familia, el quién cuida a los niños puede convertirse en una pesadilla si no se cuenta con personas cercanas que colaboren para ello; en gran medida por el miedo a la reacción de un padre violento contra los hijos y porque dentro de las prácticas paternas de la cultura mexicana es poco frecuente encontrar padres que cuiden de sus hijos, aunque parece que esto está cambiando.

Según los testimonios, el temor del maltrato hacia los hijos por parte del padre, en la mayoría de los casos quedó circunscrito al temor de la mujer, pues hay muy pocas evidencias de lo contrario. La respuesta de los padres hacia los hijos, aunque fuera agresiva, no llegaba a los golpes. Sin embargo no debemos perder de vista el antecedente de maltrato y abuso infantil de las propias entrevistadas, en el cual probablemente encontraba fundamento la preocupación por proteger a los hijos. Estos acontecimientos señalan un tema importante sobre el cual debemos investigar más: la relación entre la VD y el abuso infantil.

ii) Vida cotidiana: techo y sustento

En la vida cotidiana de las entrevistadas, también hubo una diferencia significativa respecto del primer grupo de mujeres. La pregunta ¿dónde voy a vivir si me salgo de esta casa? se torna en una dificultad seria para las mujeres que viven con maltrato, dificultad que es mayor si existen hijos. Quienes proporcionaron mayor apoyo para albergar a las entrevistadas fue, en primer lugar, la familia; después las amistades y en último lugar se recurrió a los albergues que tiene el gobierno para apoyarlas en estos casos. Las que acudieron a los albergues llegaron ahí porque no tenían una buena relación con la familia o porque los familiares vivían en un lugar alejado o en otro estado de la República.

Por ejemplo, en uno de los casos (M08), la informante manifestó sólo poder recibir apoyo de su única hija, quien la acogía en su casa cada vez que lo necesitaba; pues aunque esta mujer tenía un trabajo remunerado y una red amplia de amistades, no consideraba adecuado pedirles apoyo; creía más conveniente ser recibida por su hija. En este sentido, es interesante la clasificación que estas mujeres hicieron sobre el apoyo que esperaban recibir. Otra de las informantes se refería a este mismo tema de la siguiente manera:

El apoyo de la familia de él es un apoyo moral, pero el apoyo de mi familia es material, con el cuidado de mis hijos y hasta económico en el sentido de que llegué a vivir a una casa que era de uno de mis hermanos, me cobraban muy poco por una casa grande y bonita, cuando salgo fuera le dejo mis hijos a mi hermana, a veces también los he dejado con la familia de él (M36, líneas: 1346-1368).

En la situación mencionada la informante hace una diferencia respecto del apoyo que puede recibir de su familia y lo que puede esperar de la de su marido. Al parecer, aun cuando la familia del esposo esté dispuesta a apoyarla, de todas maneras no percibe la misma calidad en el apoyo, que aquél que proviene de su propia familia.

El tema del apoyo económico también ocupa un lugar relevante y en la mayoría de los casos se ligaba al de la vivienda. Las mujeres de este grupo se acercaron primeramente a pedir apoyo económico de algún miembro de la familia y, en segundo lugar, recurrieron a amigas o amigos. Un dato relevante es que las entrevistadas manifestaron que el tema del dinero y de la vivienda era traducido en amenazas por sus compañeros sentimentales; frases

como: “no te puedes ir porque no tienes a donde” o “quién te va a recibir con hijos” fueron frecuentes en la historia de relación violenta de las informantes.

iii) Vida cotidiana: escucha y consejo

Este grupo contaba con una red de apoyo basada en la solidaridad y la reciprocidad. Esta acción de reciprocidad, en aspectos como el de “escucharse” mutuamente los problemas cotidianos, proporcionó a las mujeres una manera diferente de percibirse, ya no como las mujeres solas y dolientes que encontramos en el primer grupo, sino como mujeres con más recursos para enfrentar su sufrimiento. El establecimiento de redes de apoyo para ser escuchadas es un elemento que, si bien está relacionado con la dinámica familiar de abuso, también es una práctica que se desarrolla durante el proceso de socialización.

Las mujeres que estaban acudiendo a los grupos de autoayuda respetaban los consejos y la escucha que les daban sus compañeras de grupo; en la mayoría de los casos las preguntas iban dirigidas hacia cómo resolver sus problemas con el cónyuge. Los consejos recibidos provenían de esas compañeras con mayor experiencia en ese asunto. En la dinámica del grupo de autoayuda existía la figura de una coordinadora de grupo, la cual reforzaba las recomendaciones que se emitían durante la sesión.

El ser escuchadas y recibir consejos fue importante para las mujeres, ya que se relacionaba con un aspecto de *contención* del sufrimiento emocional que les causaban los conflictos domésticos con su marido. Debido a la exposición continua a eventos frustrantes por el maltrato en que vivían, las entrevistadas frecuentemente no tenían un buen estado emocional que se traducía en una serie de síntomas asociados a diversos padecimientos. La queja y el malestar permanente fueron recurrentes; debido a esto fue común que buscaran personas cercanas con quien comentar las diversas situaciones de la vida diaria. La diferencia de percepción respecto del apoyo recibido, en comparación con el grupo anterior (las que no percibieron apoyo), las condujo a identificar a quién recurrir ante la emergencia y acudir a pedir ayuda.

Antes de vivir con esta pareja, tenía una vecina que me ayudaba mucho, hubo un tiempo en que yo no tenía trabajo y le daba de desayunar todos los días a mi hija... luego tuve otra amiga de mi trabajo, con ella, si necesito dinero o que sabe que no tengo ni para comer, es capaz de ir a pedirle prestado a algún amigo si ella no

tiene para prestarme... tengo otra amiga que es veterinaria, ella es muy humana me ha cuidado mucho, si estoy viva es gracias a ella, llegué muy mal a su consultorio, me revisó y se puso muy seria, le llamó a su hermana que es médica y no me dejó salir de su recámara, me consiguieron las medicinas, no aceptó que le pagara, mis hijos se quedaron allí y los llevaban al parque... mi pareja en todo esto no quiso colaborar, mi amiga casi le pega, lo obligó a llevar comida... tengo varias amigas con las que sé hasta donde pueden apoyarme, hay otras que no podrían ayudarme de esa manera pero sí de otra (M41, líneas: 1167-1195).

Finalmente otra situación que se puede observar en este testimonio es la claridad con que las mujeres pudieron identificar a la persona a la que necesitaban acercarse, dependiendo de la situación que enfrentarían; esto se deriva de la interacción cotidiana con las personas cercanas y con base en la reciprocidad.

d) Tipos de apoyo para el medio institucional

i) Resolución de problemas de salud-enfermedad-atención

La respuesta a la pregunta ¿cómo resolvieron sus problemas de salud-enfermedad-atención las mujeres de este grupo? también estuvo ligada a la activación de su red social para pedir el apoyo. No obstante, esto no significa que no hubiera conflictos en la pareja por recibirla; las informantes que todavía mantenían el vínculo con conyugal ilustran los enojos frecuentes entre ellos, incluso por el tema de la salud-enfermedad.

En este grupo de mujeres, la parentela proporcionó más ayuda para resolver estas situaciones; en segundo lugar también colaboraron las amistades para acompañarlas a las consultas médicas, pedir citas al centro de salud o acudir a algún laboratorio de análisis clínicos cuando se dio el caso. La ayuda fue solicitada para los casos en que había que resolver problemas de enfermedad, no hay información sobre alguna situación en la que las entrevistadas hubieran pedido apoyo para prevenir enfermedades; la ayuda para esto sólo fue pedida en los casos en que había que resolver una situación de emergencia.

En la atención a la salud mental en este grupo de mujeres, once estaban acudiendo a sesionar en un grupo de autoayuda. La mayoría de ellas llegó a este grupo a través de su red de apoyo y después de haber buscado a donde acudir para hablar sobre el problema de la violencia. Los itinerarios seguidos para llegar al lugar donde les proporcionaron ayuda será tema del capítulo siguiente.

De esas once, la mayor parte manifestó que, a partir de su ingreso al grupo de autoayuda, hubo un cambio radical en la elección de sus amistades. Entre ellas y las compañeras del grupo se habían estrechado los lazos debido a la identificación que les daba tener un problema que compartir; consideraban que las otras usuarias eran sus mejores interlocutoras porque, al igual que ellas, provenían de una misma experiencia de violencia, lo cual hacía que las consideraran como parte de su red de apoyo más cercana. Este proceso de identificación que las mujeres logran tener rápidamente, según testimonio de una de las *facilitadoras* del grupo de autoayuda, se debe a lo siguiente:

Las mujeres llegan en un estado de emergencia, donde se piensa que algo grave puede suceder y se empieza a buscar en dónde pueden proporcionar algo que no se sabe qué es, pero que se busca, así es como las mujeres llegan a los grupos de autoayuda como a los ALANON, a la Iglesia, a Parejas Destructivas. Las mujeres hacemos esas cosas, llegamos en un estado bastante ansioso, de melancolía, de depresión, con la autoestima lastimada y con muchas culpas (Usuaría y moderadora de grupo, M41, líneas: 989-1003).

Según esta profesional es por la vulnerabilidad en que se encuentran las mujeres cuando llegan a pedir ayuda, que de inmediato se sienten identificadas con las otras mujeres que se encuentran allí. De éstas, pocas estaban por primera vez en un grupo de autoayuda, la mayoría provenía de por lo menos otra experiencia de tipo terapéutico, ya fuera también grupal o individual.

Dos de las informantes de este grupo llegaron al grupo de autoayuda a través de los medios masivos de comunicación; una escuchó un programa de radio en donde se entrevistaba a la coordinadora del grupo y otra vio una entrevista en un canal de televisión. Al respecto llama la atención la gran cantidad de programas radiales que tocan el tema de la VD y que, sin llegar a ser programas especializados, logran tener el impacto suficiente para motivar a ciertos sectores de la población a tomar un teléfono y hacer una cita. Aunque pueda parecer una nimiedad, esto fue una sorpresa para esta autora, pues es la primera vez que consideró la atracción que pueden despertar los programas de este tipo y la potencialidad que puede lograrse en términos de prevención de la VD.

Ocho informantes de este grupo provenían de los centros de salud de la SSA; para ellas, el apoyo del personal que laboraba en el centro de salud fue muy importante, las

sugerencias de la médica, de las enfermeras y de las trabajadoras sociales, respecto del problema de la VD, se convirtió en una referencia fundamental para su vida diaria.

La única informante que provino de un centro gubernamental (DIF) de apoyo para mujeres maltratadas fue canalizada por la policía local, que la rescató de un pleito marital mediante la denuncia de los vecinos. La red de apoyo vecinal se activó para ayudarla. La informante recibió apoyo psicoterapéutico de esta institución, a la que llegó y fue recibida en una situación de emergencia.

ii) Mundo laboral

De este grupo de mujeres, diez tenían un trabajo remunerado fuera del hogar. Del resto, algunas se allegaban recursos económicos realizando alguna actividad dentro de su hogar, como vender productos para tareas domésticas, cosméticos o laborar como costureras. Varias de ellas tuvieron un desarrollo personal acelerado en varios de los aspectos de su vida privada, a raíz de su asistencia al grupo de autoayuda. La mayoría de ellas manifestó que el *grupo* fue un sitio clave para la reorganización de su mundo, en el que el trabajo fue pieza clave. Una de las usuarias del grupo de autoayuda lo refirió de la siguiente manera:

Tengo un año de haber entrado a trabajar, a la par que entré al grupo terapéutico; me siento mejor, he cambiado mucho, ya no siento tanto la depresión, antes no quería levantarme de la cama, ahora pienso que tengo por qué luchar y me dieron nuevamente ganas de vivir, empecé a socializar con amigas, a hablarles, a salir, me ha cambiado la vida (M34, líneas: 379-387).

Como este caso, fue frecuente encontrar en las demás que el tema del trabajo cambió radicalmente a raíz de su incorporación al grupo de autoayuda. Al igual que esta mujer, las informantes desarrollaron ciclos prolongados de depresión. Una de las consecuencias de esta enfermedad es el aislamiento; otras manifestaron “falta de hambre”, pero quizá lo más evidente para la red de apoyo sea la ausencia laboral. El “desgano” para salir de casa, a realizar actividades normales como trabajar, es una consecuencia que va en detrimento del bienestar de la mujer y de su familia. Según la entrevistada citada (que es un testimonio representativo del grupo), gracias a la dinámica grupal pudo volver a reincorporarse al mundo laboral mediante el apoyo recibido a través de las personas que conoció en el grupo de autoayuda.

En contraste con estas historias, están los testimonios de las que no trabajaban fuera ni dentro del hogar (nos referimos a una actividad remunerada); sobrevivían con el apoyo de la red familiar. Debido a esto, consideraron que tenían una red bien establecida aunque por el momento su vida laboral fuese nula. Uno de los casos paradigmáticos (M35) y representativos de las mujeres que no laboraban fuera de casa narró haber pasado por una etapa depresiva durante años, hasta que encontró apoyo de un grupo de mujeres que se congregaban para realizar actividades a favor de la iglesia de su barrio. Su participación en estas actividades le proporcionó bienestar; ocupaba su tiempo libre realizando tareas comunitarias que beneficiaban a otras personas; además podía obtener un poco de dinero que la Iglesia le proporcionaba para sus necesidades más apremiantes.

Pese a que no representaba en términos económicos una solución a sus necesidades, este grupo de mujeres la ayudó tanto a salir de la depresión que padecía como a reincorporarse a la vida comunitaria, a través de una red de personas que acudían a realizar estas tareas para la iglesia. Este hecho contribuyó en gran medida a que esta mujer pudiera seguir con sus actividades cotidianas.

Sin embargo, los testimonios más frecuentes manifestaron retomar su mundo laboral a raíz del encuentro con el mundo terapéutico. Algunas entrevistadas se refirieron al mundo laboral como al “escape” de su vida de pareja violenta; equiparan el mundo laboral con tener un mundo separado de personas ajenas a su vida conyugal y familiar; una red especial y diferente de amistades, y espacios que percibían como propios. Para otras, la red de apoyo del espacio laboral representó una gran ayuda para terminar con sus historias prolongadas de violencia.

iii) Apoyo legal

Hubo varias diferencias en el conocimiento que tenían respecto del ámbito jurídico, en relación con el grupo que manifestó no tener una red social establecida que las apoyara. Diez informantes que eran usuarias del grupo de autoayuda mantuvieron un discurso orientado hacia la defensa de sus derechos civiles, tema que forma parte de los contenidos formales que se revisan y discuten como parte de la capacitación que se les proporciona. Para varias de ellas, los conocimientos adquiridos en este terreno fueron de particular relevancia en aspectos como la tutela legal de los hijos y la pensión alimenticia; recursos

que, aunque existen y están tipificados ante la ley, pocas veces son usados de manera adecuada, debido al desconocimiento de las leyes y al temor que en nuestro país representan las instituciones de impartición de justicia.

La decisión de iniciar un proceso judicial, acusando al marido de maltrato, requirió de un gran apoyo profesional; esto genera un gran sentimiento de culpa porque se sabe de antemano que perjudicará al marido y que legalmente le ocasionarán un “daño”. De acuerdo con los informantes clave, profesionales del ámbito jurídico, ésta es una de las situaciones en que las mujeres maltratadas pierden credibilidad, pues una vez que han pasado por un largo proceso de decisión y llegan físicamente a hacer la denuncia frente a las autoridades respectivas, el proceso legal inicia.

Luego, el marido es llamado a declarar y empiezan los primeros encuentros “conciliatorios” entre la pareja y los abogados. Sin embargo, según ellos, es frecuente que la mujer retire la denuncia antes de llegar al segundo paso, el careo, debido a que han notado que el marido convence a la mujer para que no lo perjudique legalmente y retire la denuncia. El juicio es detenido y el perpetrador de la violencia casi nunca llega a ser juzgado legalmente.

Una de las abogadas encargada de los casos de VD en el DIF del estado de Morelos, lugar que proporciona ayuda legal de forma gratuita, dijo:

Para iniciar un trámite por violencia doméstica, las mujeres deben estar muy decididas porque se da un fenómeno de que el “ministerio público” ya no les hace caso. Puede llegar una mujer desangrándose o golpeadísima y el ministerio público puede decir “no tengo tiempo porque son problemas derivados del matrimonio, piensan un rato y luego se arreglan entre ellos”... Si se levantan 100 denuncias terminan el proceso tres porque la mujer termina perdonando al hombre. Entonces hacen trabajar al órgano de la Procuraduría de Justicia y generalmente ya no regresan; por esa razón, cuando vienen aquí les decimos todas las consecuencias que puede traerles, para que si lo inician sepan que es un procedimiento tardado; hemos decidido que después de seis meses si la mujer no regresa damos de baja su expediente porque eso significa que ya no vendrán (P30, líneas: 450-481).

Otro testimonio que pertenece a una mujer con antecedentes de violencia física severa:

Le puse una demanda porque me pegó y me quitó al niño, pero él se llevó al niño y lo escondió, en la procuraduría me dijeron que no podían hacerle nada porque era su papá y que lo iban a mandar traer para llegar a un acuerdo, para que me dejara

ver al niño, entonces pasó, lo citaron, él llevó a su licenciado y yo no llevé a nadie, él dijo que iba a cambiar y volví otra vez con él (M20, líneas: 54-73).

Como se puede apreciar, en la experiencia de la abogada es difícil que una mujer lleve el proceso judicial hasta el final; esto parece encontrar explicaciones tanto en los trámites excesivos como en el mencionado aspecto emocional de la culpa. Por otro lado, la abogada señala un aspecto que nos parece relevante y es la percepción que de las mujeres con problemas de VD tienen las autoridades, las cuales parecieran necesitar algunos cursos de sensibilización y de capacitación sobre el tema, a fin de que puedan prestar un servicio acorde con las necesidades de estas mujeres.

El segundo testimonio es el de una informante que reconoce esta dificultad para seguir con el proceso de demanda legal, pese a los eventos de violencia física y problemas con la tutela del niño. Llama la atención la respuesta que obtuvo en el ámbito legal; la frase: “no podemos hacerle nada” se repite en las entrevistas, lo que causó gran frustración. Esta situación es común en las instancias legales de México; en la práctica, las mujeres que se animan a denunciar han encontrado múltiples situaciones al interior del aparato de justicia. Es necesaria una inducción que fomente el ejercicio ciudadano de la denuncia en aras de ejercitar los derechos civiles que nos corresponden.

Sobre este punto la gran diferencia entre ambos grupos de mujeres fue la capacitación que las usuarias del grupo de autoayuda recibieron como parte de su entrenamiento para enfrentar jurídicamente a los victimarios. El conocimiento sobre la materia legal fue decisivo para el empoderamiento de las mujeres. Una de las usuarias de la asociación civil que tenía más tiempo sesionando se refirió de la siguiente manera al ámbito legal, al ser cuestionada sobre su opinión respecto de cómo mejorar la atención hacia las mujeres que son víctimas de VD:

Debería haber leyes que protegieran más a la familia... aunque él sea violento (el marido) no se apoya a la familia, cuando fui a la UAVIF, yo les dije yo ya estoy fuera, pero él está violentando a mis hijos, entonces dijeron: “que vengan a quejarse ellos”. Pero es difícil que los muchachos tomen esa decisión de ponerse en contra del padre, entonces no hay leyes que protejan, si acudes a la delegación no encuentras apoyo... en otra ocasión llamé a la patrulla para que se lo llevaran porque me estaba golpeando y hasta la fecha no han resuelto nada (M42, líneas:3047-3078).

La percepción de esta usuaria sobre la mala actuación en la procuración de justicia, como ya se ha señalado, es un aspecto construido en la práctica. Respecto de la actuación de los representantes de la ley existe una gran cantidad de testimonios en donde las informantes narran que no fueron apoyadas cuando buscaron su ayuda.

Los ocho casos que provenían de los centros de salud tenían una perspectiva diferente a las usuarias del grupo de autoayuda, en cuanto al ejercicio de sus derechos legales como ciudadanas violentadas por sus parejas. Esta diferencia provenía del poco conocimiento que tienen sobre el ámbito jurídico y sus derechos ciudadanos. Cuando se les preguntó sobre este tema, sólo pudieron contestar generalidades y pocos aspectos específicos sobre sus posibilidades de enfrentar al victimario de manera legal. Esta situación tenía graves consecuencias para su vida diaria; fueron frecuentes las amenazas del cónyuge sobre situaciones que legalmente no podía realizar, pero que las mujeres aceptaron por falta de orientación legal.

Un dato que llama la atención es la influencia que tienen los familiares migrantes en el área rural, debido a la aculturación que tienen en el lugar al que migran, Estados Unidos; se envía información a través de la red familiar sobre hechos que ocurren en el otro país y sobre los cuales probablemente en México no tenían información. Al respecto, el siguiente testimonio proviene de una usuaria de centro de salud rural, con una red importante de apoyo que se extendía más allá de la frontera:

Uno de mis sobrinos me contó que mi hermano le pegaba mucho a mi cuñada, un día llamaron a la policía para que se lo llevaran a la cárcel, pero él se fue rápido para que no se lo pudieran llevar, yo le dije a mi mamá que yo no podía decir nada porque iban a decir que soy una chismosa, pero mi sobrino dice que van varias veces que le pega, nadie puede meterse, yo le conté a él (el marido) y me dijo: “tu hermano está mal porque si aquí ya están las leyes de que a la mujer no se le debe golpear, imagínate allá, aquí todavía es poco pero allá si lo meten a la cárcel ¿cuándo lo van a sacar?” (M07, líneas: 541-557).

Destaca la transmisión que sobre los derechos ciudadanos se está realizando a través de las redes de migración. El testimonio anterior pertenece a una informante que, junto con su pareja, vivió una experiencia de migración hacia Estados Unidos a través de la red de apoyo familiar de ambos. Llama la atención que sea el marido quien dice que el hermano de su

mujer debe tener cuidado para que no lo apresen porque sabe que en Estados Unidos no se pueden quebrantar las leyes y que la VD está penalizada.

Este dato resultó relevante en tanto demuestra cómo, en ciertas condiciones contextuales, un mismo varón puede tener un comportamiento diferente, posiblemente porque en México la práctica legal es más laxa que en países como Estados Unidos, debido a eso puede haber más permisividad para quebrantar las leyes.

Finalmente, también el personal médico de los centros de salud actuaba como orientadores legales. Durante la etapa de observación empírica encontramos en los centros de salud propaganda que ofrecía orientación legal sobre VD proveniente del DIF estatal o de agrupaciones civiles. No obstante para las parejas que presentaron VD severa, fue difícil que acudieran a pedir ayuda a este tipo de agrupaciones. Las mujeres llegaron a los refugios estatales para mujeres maltratadas en una situación coyuntural y de casualidades. En general cuando hubo violencia severa, las mujeres tenían una vida social más restringida. Esta situación se potenció en el ámbito rural, debido a que la situación geográfica dificulta el acercamiento a las instituciones que proporcionan ayuda legal a las víctimas de violencia.

4. LOS VARONES VIOLENTOS Y SU PERCEPCIÓN SOBRE EL APOYO Y LA RED SOCIAL

Como se menciona en el capítulo III, todos los varones entrevistados que accedieron a participar en el proyecto provinieron de una agrupación civil que trabaja con hombres “reconociendo su violencia”. La mayoría de estos varones llegó al grupo gracias al apoyo y activación de su red social.

En sólo dos de los diez casos, los informantes percibieron dentro de su entorno social una red de apoyo que les hubiera ayudado con el problema de la VD que vivían cotidianamente. El resto reconoció que, gracias a las sugerencias y comentarios de los amigos y la familia, aceptaron acudir al grupo de autoayuda para iniciar un proceso de autoconocimiento respecto de su conducta violenta. Este dato es novedoso respecto de los estereotipos sobre la masculinidad, da elementos para observar los cambios en la subjetividad de estos sujetos y el proceso que han pasado para incorporarlos a sus prácticas.

Recientemente se han presentado resultados de investigaciones que documentan los peligros a los que se enfrenta el sexo masculino debido al aprendizaje sobre su rol social como varón, que incluye pasar por alto señales corporales que pueden significar signos de alerta en ciertos tipos de enfermedades. De Keijzer (1994) se refiere a esta situación en un documento que tituló *Morir como hombres*. Esta frase de entrada remite a un varón que ante todo debe ser fuerte para tolerar los imprevistos de la vida, como el riesgo de enfermar y morir por falta de cuidado sobre ellos. En un trabajo sobre masculinidad, Clare encuentra una relación importante entre suicidio y masculinidad: “es como si muchos hombres prefirieran morir antes que admitir que necesitan ayuda y prefiriesen tomar la decisión final definitiva, antes que admitir que van a la deriva” (2000:122). Según sus hallazgos, a los varones les cuesta trabajo pedir ayuda y, cuando lo hacen, les es difícil sincerarse y desahogarse para facilitar la tarea de la persona que escucha.

Tales indicios ayudan a sostener la idea respecto de la dificultad de los varones para hablar sobre sus problemas emocionales, debido al entrenamiento que reciben durante el proceso de socialización a fin de construir su virilidad. Este tema ha sido suficientemente estudiado por antropólogos como Gilmore (1994), quien llega a la conclusión de que la masculinidad contribuye a la continuidad de los sistemas sociales y ayuda a la integración psicológica del varón a su grupo social; conclusión a la que el autor llega después de haber estudiado el significado del ser varón en diversas culturas.

Además de estos señalamientos, otro grupo de estudios documenta la importancia del apoyo y de la red social como factor protector en diversos padecimientos de tipo físico y emocional. Clare (*op. cit.*) argumenta que parte de esa cultura masculina está construida alrededor de un proceso social que condiciona el aprendizaje de ciertas prácticas útiles para expresar malestares, como expresar sus sentimientos, hacer amistades íntimas con las que se puedan compartir aspectos privados de la vida diaria y, en general, crear una red de apoyo emocional que sirva como amortiguador de los problemas cotidianos, entre ellos la VD.

No es que los varones no tengan redes de amistades; de hecho, los estudios muestran que la construcción del género masculino requiere de un proceso de socialización que incluye rituales en donde es frecuente la presencia de otros varones, como amigos cercanos o algunos familiares. Pero pocas de estas relaciones amistosas incluyen amigos

íntimos cuya relación sea lo suficientemente significativa como para conocer su vida privada, hecho que sí ocurre con mayor frecuencia en el caso del sexo femenino. Por otro lado, se ha documentado (Giddens A., 1998) que pocos varones llegan a construir amistades íntimas con mujeres con las que no se haya tenido un cierto grado de intimidad sexual.

El mismo Clare (2000) señala que, para los varones, la posibilidad de tener un nivel alto de intimidad está encauzado hacia algún miembro o miembros de su familia y en menor medida con personas que no lo son. La falta de práctica para compartir sus emociones provoca que la existencia de una red “natural”, como la familia y los amigos cercanos, no contribuye a mejorar el estado físico y emocional de los varones; de esta manera, quedan desprotegidos de un resguardo que pudiera darse de manera espontánea.

Esta sección presenta el análisis de los datos sobre el tema del apoyo y la red social que los varones señalaron durante las entrevistas. En general, los datos sobre este apartado son menos sustanciosos que los del grupo de mujeres, debido a las diferencias de género que los autores señalados ya han apuntado. Sin embargo, se emplearán las mismas categorías analíticas que las usadas para las mujeres.

a) El grupo de varones que percibieron haber tenido apoyo para salir de su situación de violencia conyugal. Características socioeconómicas

Ocho varones entrevistados manifestaron sentirse parte de una red de apoyo social establecida. Estos informantes tenían un promedio de edad de 37.5 años. Al momento de la entrevista, todos estaban realizando alguna actividad remunerada; cuatro de ellos eran comerciantes; dos eran profesores (uno de escuela secundaria y el otro de licenciatura); tres ejercían sus diferentes profesiones universitarias y el último (el más joven del grupo) se ganaba la vida trabajando en diferentes cosas. Siete cursaron una licenciatura y el otro tenía escolaridad de secundaria.

Cuatro de los integrantes de este grupo estaban casados legalmente y en promedio habían convivido 12 años con su pareja; los otros cuatro estaban separados. De acuerdo con el análisis de la estructura familiar de cada informante —y que se detalla en el capítulo III—, de los cuatro que estaban legalmente unidos, una pareja se encontraba en ciclo de formación; se trataba de un hombre con familia nuclear sin hijos y jefatura familiar

compartida. Otro estaba en un ciclo de vida familiar en fase de expansión; se trataba de una familia nuclear completa con jefatura familiar masculina. El tercer caso era un varón en ciclo familiar en fase de fisión con familia nuclear completa y jefatura familiar compartida. El cuarto caso fue un varón que se encontraba en un ciclo de vida familiar en fase de reemplazo con familia nuclear completa y jefatura familiar masculina.

De los cuatro que no tenían pareja, tres estaban en proceso de separación al momento de la entrevista; estos tres coincidieron en tener una red de apoyo familiar y de amistades importante. El otro era un varón soltero que al momento de la entrevista estaba planeando unirse a su novia. En general se trataba de varones que habían planeado destacar en el ámbito profesional y que, al momento de la entrevista, tenían una posición social destacada.

b) Tipos de apoyo en la vida cotidiana

i) Tareas domésticas: cuidado de los hijos

En este aspecto las actividades dentro del hogar aparecieron como un tema secundario, es decir, visto como un área que no correspondía a su principal ámbito de acción, aunque sí emitieron comentarios que dejaban ver su conocimiento sobre la carga de trabajo que tenían sus esposas. La vida doméstica ocupaba un espacio importante en su subjetividad, pero no estaba incorporado a sus temas centrales. Estos varones no padecían la misma angustia que las mujeres entrevistadas cuando en el mundo doméstico quedaba alguna situación fuera de control, por ejemplo, el hecho de no tener apoyo para cuidar a los hijos.

Un dato relevante en el tema de las tareas del hogar fue la diferencia entre las subjetividades de ambos sexos. El centro de la subjetividad femenina giraba alrededor del control del mundo doméstico, incluso en las informantes que además trabajaban fuera del hogar; en cambio, en la experiencia de los varones, el ámbito del mundo doméstico sólo fue mencionado a pregunta expresa de la entrevistadora, pero no apareció como uno de los temas relevantes sobre los cuales hablamos.

En la experiencia de estos varones, las redes de apoyo más utilizadas para el cuidado de los hijos fueron la familia —la ayuda materna fue de las más mencionadas—. A ellas les fueron confiados los nietos para su cuidado cuando los entrevistados necesitaron

apoyo y la mamá de los niños estuvo ausente. Los varones que estaban separados mencionaron que el apoyo de su madre fue de gran relevancia cuando, después del proceso de divorcio, iniciaron con la custodia de fin de semana de los niños. En esta situación “la abuela” pasó a ser un personaje importante en la vida doméstica de los hijos divorciados y de sus nietos.

Sobre las tareas domésticas y la participación de los varones, en los casos en que ayudaban dentro del hogar, lo hacían desde una posición de “concesión”, más que como un hecho que surgiera de un evento dialogado entre la pareja. Esta hipótesis surgió de situaciones como la que a continuación citamos:

Yo le ayudaba a tender las camas, a lavar la ropa, a planchar, no era algo estructurado simplemente le ayudaba cuando llegaba y la encontraba haciendo cosas. A veces después de ayudarle me iba a seguir trabajando en el negocio aunque estuviera cansado, cuando me decía que no le iba a dar tiempo de llegar a hacer de comer yo le decía: “no hay bronca, me adelanto”. A mi hija yo le revisaba el uniforme y la llevaba a la escuela, le daba de comer, trataba de participar porque creía que ese era mi papel (H24, líneas: 1437-1456).

Si bien se trata de un varón consciente de su deber de apoyar en el hogar, más adelante durante la entrevista surgieron comentarios que denotaron que las actividades cotidianas fueron un motivo de polémica en su vida conyugal. El malestar del varón se acentuaba cuando, pese a colaborar en las tareas domésticas, su cónyuge no estaba satisfecha con su comportamiento. En estos casos, la queja de la mujer estaba relacionada con el comportamiento agresivo del varón y poco ayudaba que contribuyera a los deberes cotidianos dentro del hogar.

El no entender las razones de la insatisfacción de la pareja fue frecuente en los testimonios; ilustra un aspecto de la vida cotidiana en donde con frecuencia se generaron las escenas de violencia. Sin embargo, por lo menos en este tema hay algunas diferencias en la representación del apoyo social requerido para las tareas en el hogar, que pueden explicar la diferencia entre las nociones de ambos sexos y el origen de los conflictos.

Mientras del lado masculino la representación sobre la vida de pareja se construye a través de una noción sobre “ser atendido”, del lado femenino la vida cotidiana se organiza para “atender”. Es posible que, debido a esto, uno de los temas centrales en las mujeres,

cuando hablamos sobre las necesidades de apoyo, se concentre en las tareas domésticas y el cuidado de los hijos; mientras que en el caso de los varones, este tema aparece como algo secundario a la organización de sus actividades cotidianas.

ii) Vida cotidiana: techo y sustento

En este aspecto, también hubo diferencias interesantes respecto de la manera en que las entrevistadas percibieron esta situación. Los testimonios de los varones muestran que la vivienda y la economía son aspectos que les preocupan, pero no en la misma dimensión que en el caso de las mujeres. En los que percibieron tener una red de apoyo bien establecida, el aspecto de la vivienda no fue una situación demasiado preocupante; es posible que esto ocurriera así porque, en el discurso masculino, el tema de la vivienda estuvo articulado al del trabajo y el dinero; no fue referido como algo preocupante. Pero el cómo conseguir dinero sí representó un problema señalado como una situación difícil para los entrevistados.

En este punto, para los varones el ser proveedores de los recursos económicos en el hogar les generaba un sentimiento de obligación constante; incluso cuando se encontraban realizando actividades domésticas la pregunta de cómo allegarse de recursos fue central en sus reflexiones.

Si no tengo trabajo estoy muy estresado, entonces sí estoy barriendo la calle y no tengo trabajo estoy pensando ¡chin! Debería estar haciendo otra cosa y no barriendo la calle, las dos situaciones me estresan (H21, líneas: 1150-1156).

Un dato interesante es el estrés con el que cotidianamente viven los varones que no cuentan con un empleo fijo. El testimonio anterior pertenece a un varón que recientemente había sufrido un infarto, el diagnóstico médico apuntó a un tiempo largo de exposición a situaciones estresantes; lo cual puede ser un elemento para el análisis de los efectos en la salud que puede tener la falta de cumplimiento de los roles sociales. A diferencia de las mujeres, en el caso de los varones casi no existen testimonios que narren posibilidades para activar la red social en caso de que necesitaran apoyo económico, aunque sí para conseguir empleo.

Otro dato relevante sobre la vida cotidiana y el sustento económico es los varones utilizaron el tema del dinero y el trabajo para generar conflictos, aspecto muy recurrido

como amenaza para intentar controlar la vida familiar (en particular la de la mujer), a través de su aportación monetaria a la economía doméstica; si el varón no acudía a trabajar perjudicaba el desarrollo de la vida “normal” de la familia. Este argumento fue utilizado como coerción para que la mujer accediera a lo que el varón exigía.

Una manera de manifestar mi enojo era reaccionar con ciertas improductividades económicas, si ella me molestaba y me jodía el día yo echaba a perder otros tres más, dejaba de salir a trabajar otros dos días para que ella se diera cuenta de que las cosas podían empeorar, como una manera de decirle “no hagas eso porque hasta yo voy a contribuir a que nos vaya mal”... mis hermanos siempre me han apoyado, cuando necesito lana voy con quien lo tiene y me lo presta... me siento muy apoyado con ellos y con mi papá y mi mamá siempre han estado dispuestos a ayudarme (H14, líneas: 1656-1749).

Con lo cual, pese a que el varón tuviera a quien recurrir para pedir ayuda y conseguir trabajo, era una red que activaba sólo si no había un conflicto con su mujer de por medio. Con esta conducta el varón perjudicaba la vida de los demás integrantes de la familia, incluso también la de él, pero no era un tópico que surgiera en el momento como una reflexión, esta sólo pudo realizarse con su participación en el grupo de autoayuda.

iii) Vida cotidiana: escucha y consejo

Los entrevistados manifestaron recibir consejos y escuchar principalmente a los miembros de su familia y en menor medida de su red de amistades. Algunos narraron tener vínculos muy significativos con algunos miembros de su familia; el hermano mayor fue de los más referidos como un miembro de la familia a quien se pedía consejo para situaciones derivadas de su vida conyugal. De manera interesante, los varones señalaron en segundo lugar a las amistades como personas a quien recurrir para pedir apoyo o consejo sobre su vida matrimonial; el tema de la dinámica conyugal era tocado con poca frecuencia entre la red de amistades; parece que no sólo es considerado del ámbito privado e íntimo para las mujeres, sino también para los varones.

Entre la red de amistades, narrar un evento violento a las personas de confianza era mal visto. Los comentarios recibidos iban en el sentido de no hacerlo y evitar repetirlos o prolongarlos. No obstante hacer ese tipo de comentarios (opinar que está mal la violencia) solía ser muy socorrido entre sus amigos, pero les resultaba muy difícil ponerlo en práctica.

En dos casos, los entrevistados manifestaron escuchar consejos de parte de su grupo de amistades que pertenecía a la Iglesia cristiana. En estos casos la red de apoyo de la Iglesia fue de gran relevancia para abordar el tema de la VD y para su posterior incorporación al grupo de autoayuda. La Iglesia se convirtió en una guía de comportamiento para todos los ámbitos de su vida diaria.

Empezamos a acudir a un movimiento cristiano, ella se empezó a dar cuenta de muchas cosas, se empezó a adentrar, a escuchar pláticas en la TV y allí escuchó mencionar a la asociación a donde ella acude a sesionar, luego allí se enteró de la agrupación para varones y me invitó a ir, yo dije “bueno no tengo nada que ir a hacer allí pero sí voy”, vine y ahora ya no me dejan salir de aquí (H21, líneas: 1485-1494).

La incorporación de los varones al grupo de autoayuda frecuente fue consecuencia de su participación en otras redes, como lo señala el caso citado. Esta situación fue similar en el caso de las mujeres, aunque en ellas sucedió con más frecuencia que la recomendación proviniera de alguna amistad cercana. Como ya se mencionó, los varones utilizaron la red social en menor medida que las mujeres como soporte emocional para los problemas derivados de la violencia familiar. Si bien las personas cercanas a los varones, tanto las amistades como las del ámbito laboral, forman una parte importante en su vida cotidiana, fue la familia en quien se confió para intentar resolver sus problemas íntimos.

c) Tipos de apoyo para el medio institucional

i) Resolución de problemas de salud-enfermedad-atención

Sobre este tema hay dos casos que ilustran la resolución de los problemas de salud-enfermedad. El primer caso se trata de un varón que necesitó el apoyo de personas cercanas a él cuando enfermó gravemente del corazón. Aquí observamos que la dinámica que se generó alrededor de esta situación fue organizada principalmente por la esposa de este informante. La literatura especializada sobre este tema señala una gran dificultad para que los varones entrevistados aceptaran pedir ayuda a personas cercanas.

El siguiente testimonio ilustra un acontecimiento traumático que pudo ser fatal debido a la falta de atención temprana:

Ella es enfermera y conoce el medio, llegamos rápido a cardiología, el especialista decía que no tenía nada, pero mi esposa le decía que sí, a mí hasta me molestaba tanta insistencia de su parte.... me mandaron a hacer una prueba de esfuerzo y salí muy mal, terminé con una cirugía de coronarias (H21, líneas: 1331-1381).

Este testimonio refuerza los hallazgos de investigaciones como las señaladas, que documentan resistencia de los varones para pedir ayuda, aun cuando se tratara de una emergencia. Se ha demostrado que esta situación corresponde con una representación de lo que socialmente se considera *debe ser* un varón, es decir, no quejarse, no sentirse enfermo, no ir al médico y en general no pedir ayuda. Son valores que se consideran positivos y hasta deseables en una sociedad como la nuestra, que fomenta la reproducción de modelos rígidos y estereotipados entre los varones.

Otro caso paradigmático para esta sección se trata de la resolución de un problema de salud-enfermedad cuando el enfermo no era el varón sino la esposa. Tampoco trató de buscar apoyo de personas cercanas, ya fueran amigos o familiares, aun cuando el evento fue traumático para la pareja. El varón reconoció haberse quedado con la frustración y el dolor del acontecimiento (la pérdida de un bebé), pero en ningún momento se refirió a haber intercambiado sus sentimientos con algún miembro de su red de apoyo, ni amigo, ni familiar:

Fue una situación difícil para mí, sin embargo tuve que poner mi mejor cara para que no se sintiera mal y a mí nadie me dio una palabra de apoyo, tuve muchos sentimientos reprimidos que los desarrollaba creando problemas, volaba la mosca y ya estaba creando problemas... todas esas cosas se acumularon en mí (H12, líneas: 1128-1140).

El sentimiento de soledad y frustración proviene de un exceso de carga emocional; sin embargo, el informante en ningún momento consideró necesario dirigirse a alguna persona cercana, miembro de su red social para pedirle apoyo y consejo. De hecho, fue un acontecimiento del que pocas personas tuvieron conocimiento, con lo cual parece haber una especie de discernimiento en los entrevistados respecto de lo que sí se puede contar y de lo que no.

En este caso un evento tan íntimo y privado como lo fue la pérdida de un hijo no pudo ser compartido con otras personas. La ausencia de palabras de aliento y de un soporte o colchón de apoyo social que ayudara a disminuir la angustia fue frecuente de encontrar

entre los entrevistados cuando todavía no acudían a sesionar al grupo de autoayuda. Es interesante destacar que el comportamiento cambió cuando los entrevistados entraron en contacto con el grupo de varones.

Los varones que estaban en contacto con otras agrupaciones mostraron estar sensibilizados con el tema de la igualdad de género. El discurso aprendido en este tipo de agrupaciones ayudó a la apertura que tuvieron cuando decidieron ingresar al grupo de autoayuda, pese a los comentarios negativos de otros amigos, o incluso de la propia familia, en el sentido de cierto descrédito que podía tener tanto la organización civil a la que habían decidido acudir como a la terapéutica ofertada. Sin embargo, la reacción de los informantes fue más homogénea y hubo un consenso en cuanto al beneficio obtenido.

La mayoría de los varones que acudían al grupo de autoayuda provenía de otros acercamientos a la psicoterapia. En algunos casos, el terapeuta individual los había remitido a las sesiones grupales, pues consideraron que, para el tema de la VD, sería productiva su participación y confrontación con otros varones que presentaran las mismas aflicciones que ellos, por ser hombres maltratadores de mujeres. En sólo tres de los diez casos, los varones habían llegado por una decisión personal de hablar sobre la violencia que ejercían contra sus parejas, el resto de los entrevistados llegó al grupo de autoayuda por la sugerencia de sus cónyuges.

La gran apertura que ahora existe en México para tratar el tema de la VD, al interior de las instituciones y a través de los programas que se han puesto en marcha, no significa que el apoyo que se brinda sea de calidad. De hecho, existe una gran deficiencia en cuanto a capacitación en el personal médico y también en los profesionales de la salud mental que actualmente laboran en las instituciones públicas.

ii) Mundo laboral

Los cuatro varones que se dedicaban al comercio habían heredado el negocio de sus familiares, quienes los habían educado para que los administraran. Un ejemplo representativo es un varón que heredó un puesto de artefactos electrónicos en el Centro Histórico de la Ciudad de México, donde este informante creció y fue instruido para cuando fuera dueño de su propio lugar.

Los que ejercían su profesión de manera independiente habían logrado reunir una red de apoyo que les ayudaba de diferentes maneras; por ejemplo consiguiendo contratos con compañías constructoras. Esta acción era recíproca, es decir, se ayudaban entre ellos para que todos los integrantes de esa red tuvieran trabajo constante; de esta manera podían salir adelante con la manutención de su familia, aspecto que consideraban de vital importancia para su rol de proveedores en el hogar, aun cuando su pareja también trabajara fuera del hogar y recibiera un salario.

Otra forma de apoyo provino de agrupaciones políticas; los informantes que manifestaron pertenecer a alguna de ellas dijeron sentir cierta seguridad en el plano laboral y económico por formar parte de éstas, ya que si se les presentaba alguna situación de emergencia podían acudir al consejo de esa organización para que les prestaran ayuda.

iii) Apoyo legal

En la experiencia de estos varones, la relación con el mundo judicial sucedió en tres situaciones:

- a) Por denuncias por maltrato que sus parejas les hicieron
- b) Por demanda de divorcio
- c) Por la custodia de los hijos

Respecto del primer inciso, dos de los informantes fueron acusados de maltrato, en concreto de que habían ejercido violencia física en contra de sus parejas. Uno de ellos estaba casado y el otro todavía estaba en la etapa de noviazgo.

Ella me levantó una demanda porque le salió un moretón bien grande en la pierna... ella estaba muy asustada porque se generó un problema bien grande, su hermana me dijo que iba a hablar con ella para que levantara la demanda (H26, líneas: 388-396).

En ambos casos, las parejas sentimentales retiraron la demanda judicial y los demandados fueron absueltos sin juicio ni fianza.

Dos informantes más tuvieron que acudir a los juzgados para responder a una demanda de divorcio; en ambos casos la separación legal se firmó por común acuerdo y no se tuvo que llegar a un juicio prolongado; en uno de los casos el juicio se alargó debido a

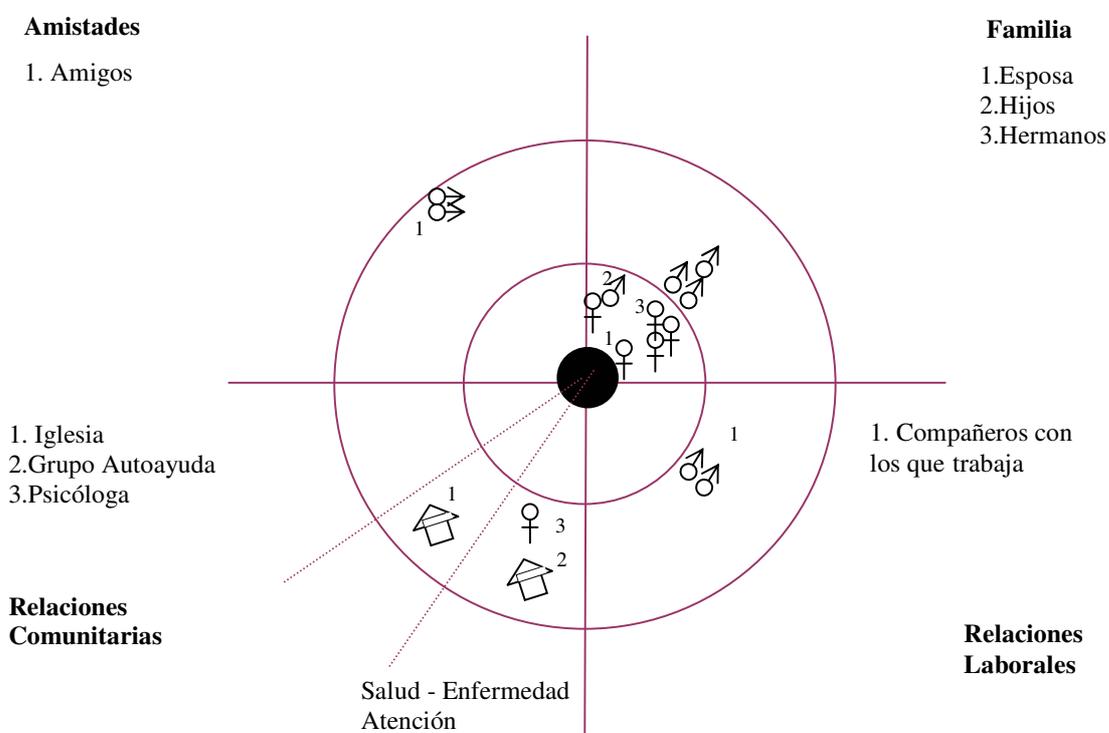
las discusiones sobre la pensión alimenticia que la expareja exigía; la situación se resolvió cuando la mujer aceptó el dinero que el exesposo le ofrecía.

Otros dos entrevistados estuvieron demandados por la custodia de los hijos; uno de ellos porque no cumplía con la sentencia que había dictado la juez y quería ver a su hija en tiempos en los que no lo tenía permitido. El otro terminó cediendo la custodia legal de los niños a la madre porque le pareció que eran muy pequeños para que se los quedara él; estaban en una edad en la que necesitaban más la presencia de la madre.

El resto de entrevistados todavía no habían tenido un acercamiento a las instancias legales. A pregunta expresa reconocieron que era un tema ajeno a la vida cotidiana de la pareja y se refirieron a él como un mundo al que sólo se acude por necesidad, es decir, cuando las cosas ya no pueden solucionarse de otra manera más que por la vía legal.

A continuación una representación gráfica de un caso representativo del grupo de varones entrevistados que se percibieron como parte de una red de apoyo bien estructurada:

Figura 4. Mapa de la percepción de apoyo y redes sociales del caso H21



Este mapa de apoyo y redes sociales es representativo de los varones que manifestaron sentirse parte de una red de apoyo bien estructurada. En el cuadrante de Familia, este varón percibió tener una red muy cercana a él; de hecho la esposa ocupa el lugar número uno en cercanía, le siguen sus hijos en la posición número dos y uno de sus hermanos con quien manifestó tener mucha cercanía.

En el cuadrante de Amistades, el entrevistado mencionó sólo a dos amigos significativos para él en su vida diaria. Sin embargo, éstos no fueron percibidos tan cercanos como lo fue la situación de la familia en el cuadrante anterior.

En el apartado de Relaciones Comunitarias, ocupó el grado de mayor cercanía al informante la red de amistades conocidas en la Iglesia. En segundo lugar, el grupo de autoayuda; y en tercero, la terapeuta individual de este informante. Este apartado tiene un gran parecido con el mapa del grupo de mujeres que percibieron tener una red de apoyo social estructurada (figura 3). Es probable que esto se deba a la importancia que adquiere el grupo de autoayuda y el apoyo profesional psicoterapéutico una vez que se entra en esa dinámica; en el cuadrante de Relaciones Comunitarias destaca solamente la relación social que se estableció con estas agrupaciones.

En el apartado de Relaciones Laborales ocurre algo semejante al de Amistades, fueron mencionados sólo dos compañeros del trabajo, pero aparecen en un segundo plano, lo cual parece significar que son amigos, pero que no tienen un grado de intimidad como para que se les comparta problemas de carácter privado, como la VD.

5. LOS VARONES QUE NO SE PERCIBIERON COMO PARTE DE UNA RED DE APOYO INTEGRADA

Los dos casos de varones que no percibieron tener una red de apoyo estructurada para que los ayudara estaban en una situación parecida a los casos de las mujeres; es decir, una auto-percepción como varones solitarios que se han enfrentado a una situación de soledad y abandono debido a acontecimientos que recién están empezando a comprender a partir de su participación en el grupo de autoayuda. No obstante tratarse de varones que no se sienten

parte de una red de apoyo, existe una gran diferencia respecto del grupo de mujeres que manifestaron sentirse de la misma manera, ya que, en este caso, se trata de informantes que aunque no lo reconocieron ya pertenecían a una red de apoyo extensa, estructurada de manera formal, es decir, la del grupo de autoayuda. Otro rasgo interesante de estos dos varones fue que no hubo sustento material para su noción de soledad, aunque sí una dificultad para relacionarse con los miembros de su red de apoyo, probablemente de aquí provenía su percepción como hombres solos.

Debido a que hay menos datos sobre este par de varones que en el caso anterior; se incorporará a vida cotidiana y tipos de apoyo para el medio institucional; las subcategorías que les corresponden.

a) Características socioeconómicas

Los dos casos se trataban de hombres con un promedio de edad de 31 años. Uno estaba separado y el otro casado. El varón casado se encontraba en un ciclo de vida familiar de fase de fisión; se trataba de una familia nuclear completa con jefatura familiar compartida e ingresos variables de ambos cónyuges. Era una pareja recompuesta en segundas nupcias. El otro informante fue un varón que al momento de la entrevista estaba buscando reconciliarse con su pareja, de quien se había separado meses antes por motivos de violencia.

El varón casado era profesionista y trabajaba como fotógrafo de manera independiente para varios diarios y revistas culturales de la Ciudad de México. Sus ingresos eran suficientes para que llevara una vida cómoda y no se quejara por dinero. El soltero se dedicaba al comercio y manifestó también contar con buenos ingresos, de los cuales destinaba una parte importante a la crianza de su hija, quien se había ido a vivir con su mamá debido a que sólo contaba con tres años.

Ambos entrevistados vivían en casa propia, con lo cual el pago de alquiler no representaba una erogación importante de sus ingresos mensuales. Los dos nacieron en la Ciudad de México y toda su familia radicaba allí; en el primer caso, el varón no tenía buena relación con la familia debido a que provenía de un matrimonio en donde la violencia se hizo presente durante toda la unión de los padres hasta que el padre murió.

El otro entrevistado tenía una cercanía mayor con su familia, pero los padres eran alcohólicos y también tuvieron antecedentes de violencia intrafamiliar durante toda su

unión. Este varón, debido a que se dedicaba al comercio ambulante, tenía una red extensa de relaciones comunitarias.

b) Tipos de apoyo en la vida cotidiana

i) Tareas domésticas: cuidado de los hijos, techo y sustento, escucha y consejo

En el caso del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas, uno no tenía hijos pero colaboraba en las tareas del hogar e interactuaba de manera amorosa con el hijo de su pareja. En el otro caso, el cuidado de su hija y las tareas domésticas fueron los principales problemas con su expareja; de hecho, en la actualidad la niña seguía siendo tema de conflicto, ya que la custodia legal fue otorgada a su madre y este varón tenía restricciones jurídicas para acercársele. No obstante estos detalles, no hubo indicios de una colaboración estrecha del varón para conseguir apoyo entre su red social y colaborar en este sentido con su pareja, situación también presente en el grupo de varones que sí percibieron contar con una red de apoyo más estructurada.

Los dos informantes manifestaron no tener preocupación por el tema de la vivienda y la remuneración económica. En uno de los casos el entrevistado vivía con su pareja actual y en el segundo la mujer había abandonado el hogar del matrimonio, con lo cual el varón se había quedado en esa casa, así solucionó el problema de la vivienda. En cuanto a la generación de ingresos, ambos informantes poseían un trabajo remunerado, con el cual sostenían los gastos de su casa; en uno de los casos el varón ayudaba con el sostén económico de su hija, aunque ya no viviera con él. No representaban grandes preocupaciones para estos dos varones.

En uno de estos dos casos la familia de la esposa proporcionó la vivienda para que la pareja iniciara su propia familia; sin embargo, esto se tornó conflictivo debido a que atentó contra la capacidad masculina para conseguir un lugar en dónde vivir. Este evento parece remitir a la representación social que existe sobre la masculinidad y la capacidad que el varón debe tener para sostener un hogar propio.

Respecto de la utilización de la red de apoyo como soporte emocional, pese a la presencia de amistades y familia cercana a los informantes, éstos no manifestaron tener una cercanía íntima, con lo cual según sus narraciones los problemas de VD que estaban

viviendo con su pareja no fueron compartidos con miembros de su red de apoyo. En uno de los casos, los momentos de ocio estaban dedicados a departir en reuniones o visitas a otras parejas de amigos cercanos; sin embargo, los problemas domésticos no fueron tocados. En este caso, el informante reconoció que su vida social estaba supeditada a la red social de su mujer porque él no tenía amigos cercanos con los cuales salir:

Yo compartía sus amigos... los visitábamos, pero a los míos no... con mi familia no me gusta estar, íbamos con la de ella (H18, líneas: 528-530).

En este caso no solamente se unió a la red de amistades de su pareja, sino también a su red familiar, lo cual parece explicar su noción de soledad y abandono; una vez divorciado de su mujer perdió también la red de amistades. El otro informante mencionó su red de apoyo familiar como una de las principales fuentes de ayuda; sin embargo no proporcionó datos que permitieran suponer una relación frecuente y afectuosa con ellos; por el contrario, según su narración, tenían una forma de relacionarse un tanto conflictiva debido a la interacción violenta que también había entre sus padres.

c) Tipos de apoyo para el medio institucional

i) Resolución de problemas de salud-enfermedad-atención, mundo laboral, apoyo legal

En los dos varones con poco apoyo social no hubo datos suficientes que mostraran la relación entre problemas de salud-enfermedad y el apoyo recibido para resolverlos. Esta situación probablemente se debe a que, en ambos casos, se trataba de varones jóvenes que recién iniciaban su vida marital. Al momento de la entrevista uno estaba recién casado y el otro tenía una hija de dos años y estaba separado de su mujer desde hacía seis meses.

Respecto de cómo resolvieron la situación derivada de la violencia conyugal en términos emocionales, el apoyo profesional para la situación emocional que vivían provino del grupo de autoayuda. Uno de los casos señaló haber acudido a sesionar al grupo en un intento por reconciliarse con su pareja, de la cual se separó por violencia física y emocional.

El grupo fue su primer acercamiento al mundo de la introspección y lo hizo a petición expresa de su mujer, quien también estaba acudiendo a sesionar a otro grupo de autoayuda para mujeres.

A partir de que decidimos regresar empezamos a buscar ayuda... ya estando separados empecé a venir aquí... me siento más tranquilo y relajado, tengo más seguridad en mí (H27, líneas: 37-44).

Este informante y su compañera tenían esperanza de que si acudían ambos a sesionar en los grupos de autoayuda, pudieran volver a iniciar una vida de pareja.

En el otro caso, el varón ya tenía el antecedente de acudir un “grupo de coescucha”. Este informante no llegó al grupo de autoayuda por recomendaciones de otras personas, sino porque encontró propaganda que avisaba de la próxima apertura de un grupo. El entrevistado reconoce que, gracias al apoyo encontrado en esta agrupación, ha mejorado su comportamiento con su pareja.

Sesionando alrededor de ser un hombre violento empecé a darme cuenta de muchas cosas, me ayuda mucho mi pareja a decirme “te estás poniendo violento”, entonces te van cayendo veintes poco a poco (H18, líneas: 61-67).

Destacar también que ninguno de los dos informantes manifestaron haber sido inducidos a participar al grupo de autoayuda por algún amigo o familiar.

La utilización de la red de apoyo para el mundo laboral fue un tema sobre el cual los informantes se mostraron herméticos. Los informantes no participaron de su mundo laboral con sus parejas y esta situación les generó grandes conflictos. Lo que sucedía al interior de la vida laboral de los informantes fue algo que sólo ellos conocían, sus compañeras no tenían información al respecto. En este punto los entrevistados señalaron no tener una red de amistades cercanas en su mundo laboral, es decir, se trata de varones aislados del resto de sus compañeros de trabajo. En ninguno de los dos casos hubo personas cercanas, íntimas y significativas para ellos. Incluso en el caso del comerciante, que señaló tener un grupo grande de personas con quienes se relacionaba cotidianamente, éstos no fueron señalados como personas significativas o cercanas a él.

Esta escasez de personas cercanas se debía en parte a que una de las preocupaciones de estos informantes era cómo generar más ingresos para la familia que recién estaba conformando. No obstante, el dinero y el mundo laboral no fueron aspectos a consultar o comentar con la pareja, ni con otros miembros de su red de apoyo.

A lo mejor ella no se sentía apoyada, pero yo estaba preocupado trabajando, no sabía si necesitábamos dinero para una cesárea o así, ella no me preguntaba ni me decía nada... yo sentía que se aprovechaba de la situación, me sentía utilizado como para llevar el dinero, nunca dejé de cubrir eso del dinero, aun ahora que estamos separados (H27, líneas: 698-716).

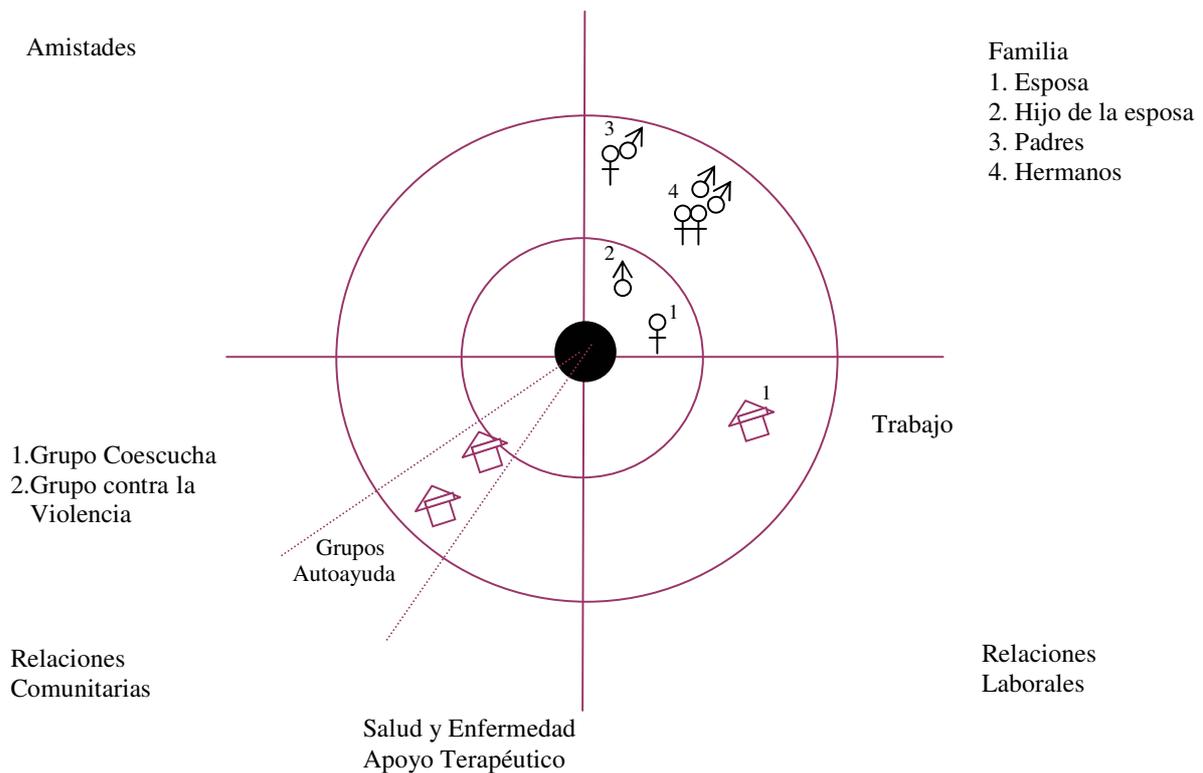
Este varón se encontraba preocupado por el futuro de la pareja; sin embargo, debido a sus obligaciones laborales, permanecía todo el día fuera del hogar y sólo llegaba a su casa por la noche, con lo cual los celos y la desconfianza de su pareja fueron aumentando con el paso del tiempo. Curiosamente, el otro varón también fue un informante que, debido a su trabajo, estaba ausente del hogar durante todo el día, ausencia que la pareja interpretaba según las señales que podía observar, debido a que no tenía una explicación dada por el marido.

Otro dato interesante es que ambos informantes trabajaban por su cuenta; es decir, no acudían a laborar a una institución en donde se encontrarán cotidianamente con compañeros que conocieran de tiempo atrás o que se fomentaran las reuniones grupales; su actividad profesional les fomentaba en cierto sentido la soledad.

Por otro lado la primera incursión que tuvieron estos dos informantes en el mundo legal fue cuando se encontraron con una demanda; en uno, el informante tuvo que enfrentar una demanda por agresiones físicas, situación que llevó a la institución judicial a fallar en favor de la madre de su hija y a no permitir que se le acercara estando a solas. Esta situación es una de las que generan más frustraciones y desencanto en la pareja, pues ya el hecho de encontrarse en un escenario jurídico es molesto para ambos cónyuges. Este grupo tampoco mencionó haber recibido apoyo de amigos o familiares que les ayudaran a llevar este trance, con lo cual parece quedar claro de dónde proviene su noción de hombres solos y sufrientes, pues da la impresión de que han tenido que sobrellevar sin ayuda estas situaciones, que les han generado una serie de conflictos personales y sociales.

A continuación, una representación gráfica de uno de los varones que no percibió contar con una red de apoyo social bien estructurada.

Figura 5. Mapa de la percepción de apoyo y redes sociales del caso H18



El cuadrante de Familia está compuesto por la esposa actual como la persona en primer lugar de cercanía; le sigue el hijo de la esposa y, en segundo plano, los miembros de su familia. El apartado destinado a las amistades está vacío, con lo cual queda cerrada la presencia de personas significativas e íntimas con quienes pueda compartir los eventos principales de su vida cotidiana.

En cuanto al cuadrante de Relaciones Comunitarias, encontramos en primer plano al grupo de coescucha y segundo lugar al grupo de autoayuda. Esto indica que la vida diaria de este informante está integrada básicamente por su interacción con sus compañeros del grupo terapéutico y con su esposa.

En el apartado de Relaciones Laborales, el informante sólo reportó la presencia de una persona significativa, pero en segundo plano. En su testimonio esta persona no fue retomada como alguien importante o confiable para escuchar las situaciones a las que se enfrentaba. Se trata entonces de un informante que se percibe solitario y que en términos materiales también está solo.

Conclusiones del capítulo cinco

En el día a día de las personas que viven cotidianamente con maltrato, el tema del apoyo social cobra una importancia fundamental en todos los ámbitos de la dinámica familiar. Saber que se tienen amistades cercanas, que la familia está presente y que existen otras personas significativas para los involucrados en una relación de maltrato, es definitivo para sobrellevar las situaciones conflictivas que se gestan al interior de los hogares.

Una de las tesis centrales de la Fenomenología considera que los problemas con los que nos enfrentamos en la vida cotidiana dan estructura a lo que consideramos nuestra realidad social. Berger y Luckman (1994) sostienen que la existencia y repetición permanente de las diversas situaciones de la vida diaria conforma nuestras representaciones y orientan nuestras prácticas, y que los avatares de la vida cotidiana y el aprendizaje social que se va teniendo al realizar acciones para resolverlos, va construyendo un mundo de significados sobre el conflicto que se presenta.

En este sentido, la realidad de la vida cotidiana se presenta como un mundo intersubjetivo en la medida en que se comparte con otros, en que la acción tiene un mismo significado para el otro y tiene una correspondencia. Según los mismos autores, la vida cotidiana se divide en sectores, unos que se aprenden por rutina y otros que presentan dificultades de diversas clases. Si no se presenta un problema diferente a los que se han resuelto hasta el momento, la rutina de la vida diaria seguirá siendo la misma; pero si se presenta un problema diferente, el actor incorporará a la rutina el conocimiento nuevo que ahora tiene. Por esta razón, si la rutina de la vida cotidiana no se interrumpe con problemas nuevos, es aprehendida como no problemática, normalizada y con contenidos únicos que garantizan la transmisión del orden social tal como se han enseñado.

El capítulo IV mostró que los sujetos de esta investigación, tanto varones como mujeres, crecieron dentro de una familia violenta, observando la manera de relacionarse

entre sus padres, hermanos y familia extensa; es coherente que de allí hayan aprendido una serie de representaciones y prácticas sobre las formas de relacionarse, sobre los roles genéricos que se esperan para ambos sexos y sobre la manera de actuar en cada ámbito social. De acuerdo con los autores, queda claro que el aprendizaje de estos valores se da mediante la interacción cotidiana y que corresponde con una estructura macro que acoge esos comportamientos.

De acuerdo con los testimonios, en el tema del apoyo social la palabra clave parece ser “reciprocidad”. Sin embargo cuando las mujeres no lo piden, está de por medio una especie de “vergüenza”, que también ocurre para el caso de los varones. Este sentimiento da la impresión de tener un significado articulado a una noción de *fracaso* en la pareja. Aceptar que la relación de pareja terminó y enfrentar a la familia representa un trance difícil de llevar. Esta noción representó en los informantes un gran obstáculo a salvar a la hora en que se presentaron las dificultades. Además, involucrar a la familia en los conflictos conyugales fue un temor que también apareció con frecuencia, ya que enemistarse con la familia extensa es una situación adicional a los conflictos cotidianos que ya se tenían.

Por otro lado, las mujeres que tenían más años de convivencia violenta con sus parejas, y que no se separaron, se involucraron en otras actividades cívicas que les permitieron alejarse de los problemas del hogar. El trabajo remunerado o la realización de actividades de apoyo sin recibir dinero a cambio resultó ser un *escape* a la interacción agresiva con la pareja; ejemplo de esto son las mujeres que participaban como moderadoras en el grupo de autoayuda. En el caso de los varones no hubo una situación parecida; sin embargo, también hubo varones que se involucraron como moderadores del grupo de autoayuda.

En los casos en los que todavía se convivía con la pareja violenta, las actividades lúdicas fuera del hogar ayudaron a sobrellevar la relación; además se acrecentó la red de amistades y se fomentó la pertenencia a otros grupos. Esto sirvió como válvula de escape para disminuir la angustia y el estrés producido por una vida cotidiana con maltrato; en otros términos, la red operó como factor protector, situación que, en el caso de los varones, no fue mencionada de la misma manera ni con la misma frecuencia.

En contraste están las mujeres y los varones que percibieron no tener ayuda; las mujeres no tenían un trabajo remunerado fuera del hogar y, casi en su totalidad, provenían de un ambiente rural, lo cual muestra una asociación entre el contexto rural y una red social más escasa en términos de extensión, pero no en densidad. También hubo casos provenientes del medio rural que percibieron contar con una red de apoyo estructurada; el hecho de provenir de un ambiente rural no explicaría por sí solo una percepción negativa sobre el tema del apoyo social. Un ambiente rural, no obstante, sí podría generar las condiciones para que las mujeres percibieran menos posibilidades, por ejemplo, de opciones laborales.

En el caso de los varones, pese a provenir de un ambiente urbano, su vida cotidiana estaba circunscrita al vínculo con la esposa y algunos miembros de su familia, lo cual daba soporte a la noción de estar solos y no tener apoyo, además de las situaciones biográficas descritas en el capítulo IV. Su noción sobre su vida solitaria sólo cambió cuando se incorporaron al grupo de autoayuda, lugar en donde pudieron encontrar a sus pares y sentir que tenían con quién compartir su experiencia como varones victimarios. Afuera del grupo de autoayuda, su mundo era reducido en personas cercanas.

Por otro lado, el reforzamiento que hace la red cercana y significativa a los informantes sobre los valores sociales crea confusión en las parejas que viven con VD, cuando se trata de tomar una decisión definitiva sobre si deberían separarse de la pareja. Estos valores sobre la unión de la pareja y la permanencia, pese al maltrato, se reforzaron con mayor frecuencia en los casos que provenían de la zona rural. Sin embargo, no fue privativo de este ámbito, pues también hubo casos semejantes en mujeres profesionales que crecieron en un ambiente urbano.

En el caso de los varones, el afianzamiento de valores sociales provino sobre todo de la familia cercana, en particular de los hermanos. Al respecto, mientras las mujeres necesitaron comentar con la gente cercana sobre sus problemas conyugales y recibieron una retroalimentación por ello, en el caso de los varones esto no ocurrió así. Se puede lanzar como hipótesis que esto se debió a que pedir un consejo o mostrarse débiles ante sus decisiones podía ser un hecho que atentara contra su masculinidad.

En la diferencia entre lo rural y lo urbano, mientras en la Ciudad de México existe en la actualidad un programa amplio que incluye apoyo legal, psicoterapéutico y médico,

en las zonas rurales el apoyo recibido sólo provino de los centros de salud, con lo cual existen pocas posibilidades de que estas mujeres o los varones escuchen palabras de aliento que provengan de profesionales capacitados para ello, o que participen de campañas de prevención y sensibilización sobre el tema. En la mayoría de los casos el apoyo provino del personal de salud.

En cuanto al nivel emocional de la subjetividad, hay una gran diferencia en las narraciones de los dos grupos. Las informantes narran una forma existencial de vida caracterizada por un sentimiento de soledad y la falta de apoyo, de la cual se desprende una serie de acontecimientos llenos de frustración que les proporciona una imagen de sí mismas en donde pesan más los acontecimientos negativos y de sufrimiento. Esta situación es parecida, en términos subjetivos, a la experiencia de los varones, quienes también manifestaron sentirse solos y sufrientes.

Por otro lado, está el mundo de las mujeres que sí se perciben como parte de una red de apoyo integrada; en éstas, el tema del trabajo cobra relevancia porque son mujeres con una larga trayectoria de maltrato que lograron salir adelante gracias al apoyo del grupo terapéutico y a la red de apoyo del medio laboral. En este grupo hay evidencias de una mayor reciprocidad entre la red de amigos que en el primer grupo de mujeres. En el caso de los varones, el apoyo principal provino de la familia extensa y para aspectos muy puntuales como el cuidado de los hijos. En general, estos varones encontraron un aliciente de su cercanía al grupo de autoayuda y de su mundo laboral, en el cual colocaban gran parte de sus expectativas de vida.

En la reciprocidad, el tema del mundo laboral entre los varones fue percibido de manera diferente; es decir, fue una actividad que no sólo realizaban y percibían como *una* parte de su vida, sino como el eje articulador de toda su vida cotidiana. De aquí se desprendían las *otras* circunstancias de su vida diaria. En los varones en los que la noción de trabajadores exitosos no estaba presente, existía también un gran sufrimiento, ya que no se percibían desempeñando el rol social que les correspondía.